

8
2ej.



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

**ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
CAMPUS ARAGON**

**TESTIMONIOS PERVERSOS DE UNA CIUDAD
LLAMADA MEXICO: CRONICAS URBANAS.**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN COMUNICACION Y PERIODISMO**

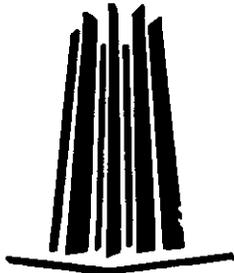
P R E S E N T A :

RAUL ANTONIO ALVAREZ VELAZQUEZ

ASESORA: LIC. MA. GUADALUPE PACHECO GUTIERREZ.

265336

SAN JUAN DE ARAGON, ESTADO DE MEXICO. JUNIO DE 1998



**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A ti, Señor, por los cambios que realizaste en mi interior mientras escribía este trabajo. Tú, Cristo Jesús, me has fortalecido en todo tiempo de tribulación y has mantenido fiel tu confianza sobre mí, aun cuando he andado lejos de tu obediencia. Fuiste a traerme de aquella dolorosa distracción, me ofreciste de tu paz y pusiste de tu Espíritu en mi corazón. Y sé bien que por gracia tuya has traído a mi vida tu gloria y tu verdad para librarme. Hoy me es fácil dar de lo que me has dado en abundancia, porque no soy yo en mí sino tú que vives en mí. Señor mío, gracias por tu misericordia y por todo tu amor para conmigo. Amén.

A ti, papá, por haberme esperado y porque en 23 años mantuviste la calma y fuiste fuerte. Papito Ángel, si algo bueno resulta de esta tesis, te pido lo tomes como algo tuyo; y no sólo por ahora, porque mucho de lo que logre más adelante será tuyo también. Quiero disfrutar contigo lo que antes no había sido posible. Siéntete orgulloso de lo que has hecho con tus hijos. Por todos tus esfuerzos, Dios te bendecirá siempre, papá.

A mis tres pequeñitos, Angélica, Atilana y Roberto, por las veces que dijeron amarme y las otras tantas que me corrieron de casa. Ustedes saben que los amo, hermanitos, pero deben saber que Dios los ama todavía más. Perdonen lo violento de mi carácter. Y, por favor, si no han cumplido aún los 18 años vean sólo esta hoja y no continúen leyendo. Espero que lo comprendan y que hagan caso.

A Guadalupe Pacheco por su disposición durante los dos años que se prolongó esta investigación. Por fin, profesora, puedo darle las gracias, no sólo por asesorarme sino también por su amistad y por lo valioso que usted ha sido para mí. La quiero mucho, maestra Pacheco.

Y a ti, Irma, por ser antes que nada mi mejor amiga, por ser el instrumento que Dios utilizó para llamarme y por darme un lugar en tu familia. A ti y a los tuyos, gracias. Dios guiará sus caminos y los levantará en victoria ante cualquier adversidad.

Raúl

A mis padres:

Sra. Atilana Velázquez Landero (†)

y

Sr. Ángel Antonio Álvarez Camilo

Índice

Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra: introducción	6
I. De violencia, indiferencia y otras ingratitudes	10
I.1 Vieja el último: la estupidez inherente y el posmodernismo	12
I.2 De tin marín de do pingüe: qué es y para qué sirve la crónica urbana	21
I.3 De bajo de esas dos cejas... qué bonitos ojos tienes: el relato inocente y la mirada perversa	30
II. De la región más transparente a estas ruinas que ves	36
II.1 Un horizonte de grises formas	38
II.2 El "pusmoderno" Centro Histórico	49
III. Haz patria y mata a un chilango	53
III.1 La cultura "Kotex" y el bote de basura	55
III.2 Cuando nadie te quiera, cuando todos te olviden	61
IV. Con ojos de perro azul: crónicas profanas	66
Los mexicanos se pintan solos: <i>Tenochtitlan Collage</i>	68
Instrucciones para escribir una carta de suicidio	73
Declaración ministerial	75
El espía	77
Cerbera	79
<i>Independence Day</i>	83
Búsqueda dominical en el Zócalo	86
Paraíso urbano	89
Un regalo excepcional	92
P' acabar pronto: a manera de conclusión	95
Bibliografía	101

*Antes del quebrantamiento es la soberbia,
y antes de la caída la altivez de espíritu.
Mejor es humillar el espíritu con los humildes
que repartir despojos con los soberbios.*

(Proverbios 16: 18-20)

*sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios;
y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte;
y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios; y lo que no es, para deshacer lo que es,
a fin de que nadie se jacte en su presencia.*

(1ª Corintios 1: 27-29)

Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra: introducción

Dentro de los pensamientos de un hombre, la duda le preguntaba a la certeza: ¿cuántas verdades existen en el mundo? La certeza respondió: ¿no es acaso la verdad una manifestación de la paz? ¿Cómo puedes tú tener la verdad si no mora la paz en tu corazón? La verdad no se detiene a contemplar el tiempo. Si buscas la verdad no hagas inútilmente un sitio para el tiempo. Y tú, duda, tienes el tiempo encima como una pesada lumbre.

¿Conoce alguien de ustedes a la verdad? Entre los hombres, el método habitual para llegar a ella es la duda. Pero toda verdad lograda a través de la duda envejece pronto. De manera gradual, de lo general a lo particular, las verdades van siendo sustituidas. Hoy el mundo está dividido: unos creen en su tiempo y crecen con él como la levadura, otros creen en la muerte y se afanan por no morir sin haber vivido suficiente. Los patrones sociales se ensombrecen: la mujer grita: ¡liberación! El hombre grita que ha aniquilado a la duda. Y ante tal panorama, la libertad llega en traje unisex, nos muestra orgullosa su cuerpo estético y en nosotros nace desenfadada una pasión carnal por ella.

La crónica busca la verdad entre un invernadero semejante al tiempo. Pero hoy lo que prevalece es el espacio. Distancia y tiempo se miden por el espacio y no por la velocidad. Así que hay espacios para todos: exclusivos y particulares. El tiempo apremia, mas el espacio abrumba. De tal manera, la crónica se suscribe con mayor frecuencia a lo espacial que a lo temporal.

La ciudad es nuestro magno hogar; cuando uno empieza a quererla uno empieza a inventarla. Hasta llegar al grado en que nos volvemos espectadores y dejamos de ser habitantes dentro de ella. Este trabajo habla en sí de los habitantes de la ciudad; de los espectadores hablan los folletos turísticos.

El mayor problema al que se enfrentó este trabajo fue el ir quitando las etiquetas tiesas a la ropa vieja de la ciudad. Unas etiquetas decían: elogio, otras: resentimiento. Después de esto, lo que iba quedando de la ciudad fue tan fugaz que se tuvo que guardar silencio, sin importar que las palabras emergieran solas, para no decir más mentiras sobre su apariencia.

La primera intención de respuesta en este escrito es teórica. El capítulo inicial contiene una aproximación al posmodernismo y a su posible vínculo con la crónica por medio de testimonios. Y éstos, a su vez, muestran la similitud íntima que guardan la mayoría de las ciudades en el mundo.

A pesar de la variedad de espacios ciudadanos, todas las crónicas urbanas tienen capacidad de semejanza, la cual está configurada en un nivel esquelético e individual. Es decir, el principal parentesco entre las ciudades contemporáneas es que delante de ellas aparece un escenario arquitectónico tipificado --pero sin dejar de ser generalizado-- en cada punto de la tierra y, paralelamente, en la interioridad de las paredes se deja ver una humanidad que sin interrupciones sigue los mismos patrones: violencia e invención de la libertad, por ejemplo.

En el segundo capítulo se extiende una condensada interpretación sobre la historia de la ciudad de México. Y de ahí surge la necesidad de mostrar el perfil contemporáneo de los habitantes de la capital en el tercer capítulo. Aunque no de manera aislada, pues no se puede desligar a la actual ciudad de México del resto del mundo.

Nueve crónicas son mi visión pasajera de la ciudad en que hoy vivo. En el cuarto capítulo me fui aproximando a la intimidad del capitalino. No pude comprender nada, sólo quise registrar lo que la ciudad me ofrecía desde su mundo oculto.

En los medios masivos se difunde esta noticia: la ciudad de México no persigue los lineamientos de la modernidad y sus progresos porque ella misma se ha ido estancando en la vulgaridad y en el apocalipsis. ¿Es esta ciudad un sitio desolado? ¿No es mejor decir que es un fracaso rotundo del proyecto gubernamental por modernizar --heterogeneizar-- sus espacios, acaso incompatibles? Los comunicadores se acostumbran a decir: "La inconformidad de unos cuantos ha paralizado el tránsito vehicular en todo el Centro Histórico y eso, señores plantonistas, afecta a terceros. ¿Ahora, qué quieren esos señores del PRD? Yo ya no entiendo a la democracia. Siempre discutiendo las decisiones del señor presidente... Yo ya no entiendo, ¿usted sí?".

Obviamente hoy ya no preguntamos: señor presidente ¿nos sacará usted de pobres? Pues es claro que la respuesta está en la misma duda. Perdimos la confianza infinita en los poderosos, ahora está nuestra voluntad volteando hacia otros lados. Hoy es un tiempo ajetreado, de acción y reacción instantáneas: televisión y escándalo, *show business*, prensa y zalamería. Hoy tomamos a tragos tardíos la bebida espesa del posmodernismo, hacemos buches de ella y para pasárnosla fácilmente nos la tragamos diluida con el exquisito sabor de la *Coca Cola* dietética.

Ésta es la carta a la ciudad donde vivo, dirigida "A quien corresponda" --señor Garralda, no vaya a hacerse el sordo ahora--, o tal vez a ti que lees. Sueña que roes la piedra, antes que el polvo te ahogue; o mejor mira *Los Simpson* a las ocho de la noche.

La existencia en la ciudad de México moviliza una guerra de costumbres sin tranquilidad y sin tregua. Un paradisiaco festín sin reglas escritas: nuestra ciudad Tenochtitlán apollada y olorosa a orines. Ya sin ganas de ofender, fue responsabilidad nuestra el que se haya convertido de Ciudad de los Palacios en

"capital del escombros". Ése es el destino de los dioses que mueren. ¿Qué es lo que ha muerto en nuestra ciudad?

Resulta inocente creer que la ciudad de México no se nos expresa; nos da el mismo trato que nosotros a ella. Cada uno de sus muros nos proyecta: somos vulnerables al detrimento, a la melancolía y a la esquizofrenia masiva. Si la ciudad hablara nos susurraría: tomen, perversos. Y luego al vernos tristes nos consolaría con un: te quiero tanto tanto, chilango incomprendido.

Las cosas malas siempre han sido hechas por el *otro*, yo no fui. Yo te aseguro que yo no fui, son puras cosas del FMI; tú me tienes que creer a mí.

Un semáforo nos da paso y caminamos a toda prisa sin ver la porquería que hemos fabricado. Pero eso es tan normal, somos muchos para sentirnos culpables. Indudablemente, tantos que no es posible ver la sonrisa de la desvalida modernidad. Nos movemos en una sobrevivencia animal que va al día sin un mañana prometedor. Mañana, cuando seamos más duros que las piedras y rebotemos entre nosotros sin que nos salgan chispas. Después de todo, así ha sido previsto que sea la automatización del hombre.

I. De violencia indiferencia y otras ingratitudes

Dispensen ustedes la poca seriedad, la altisonancia del trato y la fingida rebeldía que en este capítulo se emplea. Son tres textos a manera de ensayos, entremezclados y divididos por comodidad dentro de una misma idea global. Entenderán ustedes que se juega así con las cosas serias que hablan de la realidad, pero es un riesgo que vale más advertir.

En el primer punto planteo --y probablemente no lo logro-- una concepción todavía no germinada plenamente en términos teóricos llamada posmodernidad. Como aún no existe la conveniente distancia histórica y estamos inmersos en un proceso vigente, por donde se quiera dar comienzo a la teoría, ésta es una tarea difícil. Sobran las preguntas y ninguna respuesta logra consolar la desilusión filosófica del hombre contemporáneo. Se requiere que la estupidez sea considerada como una crítica preliminar de contrapeso a lo que en un tiempo se llamó --a fuerza de términos-- modernidad y no como mera estupidez. Si un plan implicaba progreso y posibilidades serias, la estupidez trae consigo un plan de emergencia que a las voces de primero pienso y luego existo antepone la de "lávate las manos antes de comer".

El segundo punto trata de especificar la visión posmoderna en la crónica urbana. Se plantea una constante evolución en ella. Suponiendo que no hay motivos para hacer de la noticia un instrumento inoperable, la vida se ha vuelto noticia, la noticia se ha vuelto vivida, la noticia y la vida se transmutan recíprocamente en el consciente masivo y son tomadas como realidades más concretas que la misma realidad. Sucesivamente las mentalidades se adiestran en un proceso interno de asimilación acelerado, a la par de las máquinas. Con estas dimensiones

transmutables la concepción de la crónica se manifiesta incierta y siempre en inicios de fundación.

Aunque de antemano los manuales de periodismo recomiendan una mayor atención a la forma, lo que realmente mueve al mundo es la esencia que no está en ninguna parte y contenida en todas. Así, la normalidad apunta a la enunciación diaria que hace el periodismo de esa aparente forma poco profunda, mientras que la esencia sigue siendo poco atractiva a todos niveles. Se sugiere entonces más interés común en la esencia.

El último de los tres puntos es el más personal. Ahí se entredice que una manera de ver no concuerda con una manera de escribir. Probablemente alguien ya haya referido algo sobre las distancias que en el uso del lenguaje se encuentran, entre lo que se quiere expresar y lo que realmente se piensa. Yo sólo hablo de la inocencia como un estado natural poco iluminado por la razón.

Pretendo que esto sea, de modo general, una anticipación del capítulo. Me dirijo a ti como si me dirigiera a mí mismo. Quisiera que lo importante fuera tu decisión de tomarlo como un juego infantil, en donde cualquier celebración se hace pasajera y se insiste, terminando el juego, en volver a jugar. Y así hasta que jugar se vuelva imposible y el juego finalice.

I.1 Vieja el último: la estupidez inherente y el posmodernismo

Testimonio de hoy: echemos un vistazo al mundo. Si estamos aquí es para ver y testimoniar la estupidez, sucumbir en ella y al estarnosla tragando hacer gárgaras de felicidad. Si comprendes esto hoy, aceptas, por lo menos, la posibilidad de convertirte en estúpido cualquier día. Pero si no lo comprendes, entonces llegarás atrasado a la estancia moderna: entras a un destiempo algo fatídico o ridículo. No puedes ver el caos sintiendo nostalgia por el orden. Ya no existe tal orden. Vamos, de una vez recibe el golpe... Bienvenido a la nostálgica ciudad de México. Sí, esa, la exhibicionista, la ritual, la violenta, la carente, la guerrera, la ensamblada, la influyente, la mágica. Nuestra mestiza ciudad.

Inconformes. Ustedes se manifiestan contra el aumento a la tarifa del transporte público; tienen razón, no es justo una alza así, puesto que transportarse es todavía una necesidad de primer índole. Probablemente si en este sitio no existieran problemas como el del transporte público barato o el de vivienda digna, estaríamos hablando más de un paraíso utópico que de una ciudad terrenal. Sobrevivimos a la urbanidad, a pesar de que el dinero no se estira a la medida de nuestras necesidades ciudadinas, cada vez más complejas y difíciles de satisfacer. He aquí el primer aviso de que todo progreso cuesta y a falta de dinero hay que donar el nerviosismo necesario para ello.

Vale la pena advertir lo saludable que resulta quejarse en ocasiones, todavía más en una ciudad con tantos pretextos de queja como la nuestra. Seguramente hoy, con tantos problemas *reales*, pocos recuerdan que el pensamiento ya no es una necesidad vital en la cotidianidad porque --en cambio-- es más necesario algún tipo de simulación o repetición que remede la acción de pensar. Repito: quejarse es saludable, siempre y cuando este hecho no nos cause dolor cervical. Hay rechazo al

malestar del espíritu. Hoy sabemos que la tranquilidad también tiene un precio altísimo. "... la estupidez moderna se presenta como un método. Es decir, como *un sistema de operaciones exteriorizables que haga mejor que el espíritu el trabajo del espíritu*. Tomada al pie de la letra esta definición del método, sería preciso deducir que la estupidez constituye su ejemplo único, ya que triunfa en beneficio de una imitación sustitutiva que eleva la ausencia de juicio a sucedáneo de juicio".¹

Sin perder tiempo, está la sospecha potencial y latente de una estupidez universal que nos embarga. En el tiempo moderno la estupidez es el calificativo que mejor se le acomoda a la actividad de perder el tiempo, ya ni siquiera la pereza cubre tal aseveración. No es una sentencia sencilla ni una contrariedad maléfica. La estupidez es inherente a la humanidad. Y es a este nivel en donde poseemos un reflejo instintivo con el cual reaccionar incrédulos ante las verdades de *otros*. Aunque normalmente el error siempre nos es ajeno, las convicciones propias pueden ser inciertas, confusas o un poco ilógicas, pero nunca falsas.

A pesar de la insistencia en diferenciarnos entre unos y otros, no hay tales *otros*. Todos somos nosotros. La estupidez es nuestra, y sólo nuestra porque no hay nadie mejor que la corrobore. *Nosotros*, los convencidos, los de espíritu apaciguado, no necesitamos que nos nieguen pensar. Ni siquiera eso. Somos nuestros propios jueces. Si nuestro estado corre peligro, le indicamos al vecino no pensar demasiado en el horizonte absurdo de nuestra condición humana. La vigilancia se volvió mutua e impersonal. Abordamos una vigilancia activa que, aunque disfrazada, va dirigida hacia nosotros mismos, con tal de no resquebrajar nuestra estabilidad tan forzada como anhelada y proyectada.

¹ André Glucksmann, *La estupidez fideologías del postmodernismo*, p. 11.

El futuro va en camino, ya se ha dicho cómo debe ser el presente y cómo el mañana: la tolerancia como una actitud conveniente de supuesta paz es la base de la subsistencia. La estupidez prevé su dominio; da pautas, produce estereotipos --los que, en el menor de los males, podemos combinar--, se engulle y se sustenta a sí misma: la policía y la violencia se tienden lazos cada vez más fuertes y frecuentes, son interdependientes y crecen juntos. La estupidez no desiste, pretende permanecer todavía con el control sobre la faz de la tierra. Es la más pura de las esencias contemporáneas. No hay gradación ni dirección en ella; es una: genuina y universal.

La omnipotencia de la estupidez tiene una formidable facilidad para autonegarse. Facilidad que paradójicamente le provoca una reincidencia en su estupidez. A reconocerla se rehusan todos. Los políticos la combaten con discursos, los inteligentes con fórmulas y categorías. Así, la estupidez se simplifica, según ellos, en un proceso externo a la ejecución diaria de la vida. Algo que sucede cuando menos se le espera, con causas en el exterior. Dentro del orden que deben llevar nuestras acciones se cuela --aunque siempre queramos evitarla-- como una situación anómala.

Quien observa la estupidez es doblemente ciego: la distingue ajena al hombre y la restringe fuera de él. Francamente, para esta ceguera no hay antídoto. Si la vida queda resumida a una mera ejecución casi controlada de las tareas cotidianas, toda intención voluntaria por interiorizar la estupidez queda anticipadamente descartada. De acuerdo con este mundo de pretendido orden, no hay cabida para las estupideces reveladoras; las rarezas nos parecen admirables --hasta cierto punto aparentes y sin fondo-- por el extraño ingenio que las ilumina, pero una vez que se acondicionan al ambiente, quedan supeditadas a lo convencional. No hay amenaza alguna para el estúpido.

Claro está: un estúpido, reconociéndose como tal, tiene la capacidad de encontrar soluciones estúpidas a sus problemas. Algo extraño ocurre con la estupidez cuando inesperadamente permite un "darse cuenta" providencial --un *inside*-- dentro del camino repetitivo de la vida cotidiana. Actúa sin sentimientos acumulados y sin neurosis. Todo acontecimiento es inaugural frente a sus ojos. Sin afectaciones previas que iluminen de más o que ensombrezcan las cosas; superadas ya dichas emociones mediante un fatigante duelo¹ conduce sus ojos con frialdad. Le devienen los sucesos sorpresivamente. Mientras tanto un inteligente cree tener la solución definitiva, con la cual le habla al mundo como si llevara la verdad al servicio de su boca; pero, tarde o temprano, esa veracidad es refutada con argumentos de similar determinación. Y aquella solución que se había alojado recelosa en un refugio inalterable se deslegitima. Hay una renovación de términos y reglas: ante la insuficiencia de las verdades ya nadie acepta regaladamente explicaciones ajenas, es preferible conservar las propias que elaborar un olvido, con tal de restablecer la calma, si es que esta condición de relajamiento puede existir entre los hombres, inteligentes o no.

La solución estúpida, en cambio, es acarreada en un oscilante movimiento perpetuo, cuya trayectoria vuelve estúpido a cualquiera al desvelarle la estupidez universal. La estupidez que todos llevamos como una sombra aborrecida ante la luz de la aparente normalidad carece de proyecto, no persigue ninguna Idea a confirmar ni retrocede en dirección de algún mito que la estabilice.² Siempre anida la posibilidad de otra solución y esta última otra cualquiera, y así sucesivamente.

¹ Véase: Jean-François Lyotard, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1995, p. 98.

² Véase: Jean-François Lyotard, op. cit., p. 61.

Mientras la inteligencia rinde honores al orden, la estupidez reconoce el caos vigente desde el *big bang*.

De algún modo, legitimarse con la verdad es conducirse como estúpido. Si la estupidez escapa a toda ejemplificación superficial y "no se deja acorralar como absurda o irracional puesto que moviliza la inteligencia",² tampoco la verdad permite que le sea confiscada su fuerza constitutiva. "Respetar la verdad es ante todo evitar evitarle que jure por sus grandes dioses que es inexistente. Y, en segundo lugar, evitar forzarla reivindicándose propietario suyo. Expongámonos a su encuentro sin aspirar al control previo de sus circunstancias..."³

Desde sus inicios el proyecto moderno requería alcances universales para legitimarse. Su discurso preveía que en un futuro se lograrían muchas hazañas, enlistada de esta manera: "... emancipación progresiva de la razón y de la libertad, emancipación progresiva o catastrófica del trabajo..., enriquecimiento de toda la humanidad a través del progreso de la tecnociencia capitalista, e incluso, si se cuenta al cristianismo dentro de la modernidad, salvación de las criaturas por medio de la conversión de las vía el relato cristico del amor mártir".⁴ Contradictoriamente, las identidades nacionales han tomado por asalto ese poder de (auto)legitimación para sostener una fuerte "resistencia a los efectos devastadores del imperialismo y de sus crisis sobre las culturas particulares",⁵ ante tal complicación el horizonte progresista de la modernidad se ve mutilado. Con lo cual emerge, contrariando los buenos propósitos que estuvieron proyectados y previstos, un sentimiento de quimera irrealizable.

² André Glucksmann, *op. cit.*, p. 76.

³ *Ibid.*, p. 13.

⁴ Jean-François Lyotard, *op. cit.*, p. 29.

⁵ *Ibid.*, p. 47.

Negar es una forma de reincidir. Éste es un proceso que rompe a simple vista con la tradición, la restringe a fin de instaurar un nuevo modelo de vida y pensamiento. Sin embargo, cuando una manera de vivir pasa así, con cierta facilidad, de una costumbre a otra, sin asentir el cambio, subsiste el anterior modelo en el nuevo. Esta innovación –cada vez más acelerada– realmente no revoluciona nada, pues en ella se conserva lo que era básico antes de su avasalladora llegada.

La estructura moderna continúa moldeándonos el estilo de vida. Un estilo afanado en procrear objetos eficaces, tan eficaces que el porvenir humano se avizora como el de un mundo normalizado al límite y automatizado en plenitud. Y esto no obstante al advenimiento del posmodernismo, cuya presencia grotesca está por caernos encima. En nuestra cima con visos de perfección. Seremos el blanco seguro de un apocalipsis que ha comenzado a provocarnos olvido y desaliento. "... el post de postmoderno no significa un movimiento de *come back*, de *flash back*, de *feed back*, es decir de repetición, sino un proceso a la manera de *ana-*, un proceso de análisis, de anamnesis, de anagogía y de anamorfosis, que elabora un **olvido inicial**".⁶

He aquí el orden establecido, bajo el cual todas las cosas toman un lugar determinado o se moldean a él. En una composición moderna sintetizada donde las vialidades están hechas para los vehículos y no para el tránsito de marchas de protesta. Resulta que por eso son tan estúpidas las marchas, porque hacen notar la disfuncionalidad de un régimen totalizador, que tenía previsto todo y que por algún motivo creyó en el control de sus partes, al mismo tiempo que descuidaba las inconformidades motivadas en *otros* por él mismo.

⁶ Ibid., p. 93.

La estupidez no es una inconveniencia externa. Es, más bien, una fuerza oculta que nos acompaña, contenida y restringida por un sentimiento de libertad que prohíbe la agresión al orden y que amenaza con rechazo y burla. "Tu libertad para fumar termina donde comienza mi libertad para respirar". Que en cierta forma significa: mi libertad para pensar comienza donde termina tu libertad para el engaño... y aun para los espacios cerrados.

El juego de abstraer. Esa búsqueda de orden, muy humano, con el cual convertimos la realidad en ideas fijas. La inmensa realidad toma así una correspondencia bidireccional y simplificada, como si se tratara de un gran catálogo, en el que se configura plásticamente cada indicio de realidad. Un diccionario medular a la orden del hombre, resumiendo cualquier aspecto necesario para vivir.

Sin embargo, el verdadero problema surge cuando dichas ideas fijas toman arbitrariamente el valor de la realidad, aunque de antemano habría que considerar a todo artificio como un conector parcial que nunca simula totalmente la realidad que proyecta. Pero, ante una explicación del universo, este inconveniente desaparece debido a que el alimento de las teorías únicas se encuentra en el intelecto y no en las situaciones cotidianas. Y a este intelecto, por lo general, lo atraviesa una visión que se respalda en categorías manejables y que obtura en lo posible cualquier extrañeza que dificulte la clasificación. De tal modo que "el punto de vista... no logra abarcar todas las facetas de lo que McLuhan llama el vórtice de procesos, en el que efectos y causas se entrelazan para formar una totalidad cuyas implicaciones pasan inadvertidas al hombre provisto de un enfoque".⁷

Hemos sustituido el pensamiento por un método directo, clasificatorio y excluyente. Ésta ha sido la estrategia con la cual la cultura moderna ha afrontado su

⁷ Alan Paul, *El sitio de Macondo y el eje Toronto-Buenos Aires*, pp. 64-65.

entorno que, dicho de otro modo, es un paradigma ordenado y mecánico que confía en "la imagen de un cosmos predecible, conmensurable y alfabetizado".⁸

El riesgo no existe, ni siquiera en la cabecita posmoderna, embotada de información. Aquí el panorama se torna quejumbroso, pero en todo tiempo manejable. Éstas son las "... determinaciones de la clasificación, en el que uno sabe qué quiere decir hablar, en el que el obstáculo que corre el riesgo de cortar el discurso es desplazado a la casilla cero. Aporías, contradicciones, anomalías, dificultades, son tenidas por nulas y catalogadas como tales. El estúpido sabe siempre desde dónde habla y cómo situarse: un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar".⁹

La estupidez se manifiesta más como carencia que como posesión. Es una carencia de voluntad a nivel individual a la que nadie nos obliga, pero a la que todos nos conminan. No hay necesidad de responsabilidades, si aunque queramos nada va a cambiar. El PRI seguirá siendo el PRI. Hoy la fuerza opositora es innecesaria, pues en realidad no vamos a enfrentarnos ante la adversidad. Seguimos en el seno de seguridad que nos ofrecen las leyes. Qué más da, si la libertad se encuentra encerrada y en ningún lugar ninguna persona posee el don de ejercerla. Lo único en verdad importante es la autoconservación. La confianza desfalleció y no hay ningún dios que nos la restituya; así también, al futuro se le murió la esperanza que tiempos atrás tanto prometía. En este momento absolutamente nadie es inocente, cada uno, en su singular estupidez, cuando tolera bajo la condición de no ser molestado es un cómplice --pasivo o activo, implica lo mismo-- de la corrupción del mundo.

Si se ha dicho que el pensamiento es un acontecimiento distintivo en el género humano, no lo discutamos. Que singular acontecimiento haya evolucionado en cada

⁸ *Ibid.*, p. 67.

⁹ André Glucksmann, *op. cit.*, p. 141.

uno de nosotros es la duda que de repente nos hace sonreír. Pensar es un poder de decisión, latente o externado, que al principio rechaza el cerco ideológico, pero que termina por amaestrarse ante las circunstancias. Si hoy ya no podemos resistir el peso de un cuerpo represivo que nos ha dicho lo que somos, lo que sentimos y lo que pensamos, no dudemos, para qué sufrir, para qué contradecir a la institución, para qué pelear contra el *invencible* —ese espíritu llevado por todos nosotros dentro—, para qué todas esas patrañas, mejor aceptemos lo que ellos dicen que somos, *ellos* que son tú, yo y todos simultáneamente, aceptemos que somos estúpidos o finjamos serlo. Vivamos en la mentira sin olvidar —a riesgo propio— que es una mentira conveniente mientras valoramos qué hacer con la *verdad*, esa inestable corazonada que aceleradamente se petrifica y a su vez nosotros con ella. Démosle vida, no soledad.

1.2 De tin marín de do pingüe: qué es y para qué sirve la crónica urbana

... que la razón de ser del periodismo y del periodista sea autónoma, que el periodista determine las reglas de su trabajo informativo, su deontología y teleología.

—Froylán M. López Narváez

Saludos a la técnica: "Perfecto, sé gente Conalep". Tú ya sabes qué decir. Es por eso que te pido que hagas lo tuyo. Debes continuar así, como los cánones están esperándolo de ti. Simplemente, que no te importe la creación. Sólo di la *verdad*. Aquí las cosas funcionan así o no existen. De sobra sabes que la funcionalidad reside en la verdad. Todos esperan de ti la verdad. Por favor, habla con objetividad. Olvídate de la pasión y del arte. No hay amor al arte en este oficio. Pero, eso sí, hay inercia. Podría decirse que hay favores y deudas o simple zalamería. Pero no te preocupes por la naturaleza del mundo: la condescendencia del mundo reside en la supervivencia y en el fondo, como un gran operador, en el dinero.

Por tanto, hay que divertir. *Performance*. Haz que tus lectores se involucren en las noticias. Haz que ellos participen en ellas. Muéstrales sus barbaridades comunes. Deléitalos y, cuando más implicados los tengas, suéltales al perro rabioso de la ciudad. Diles, destápales la real violencia, la cara oculta de lo ajeno propio que no se deja ver ni siquiera por ti. Si no hay personificación alguna en el horizonte, sino sólo una masa formada por gente, tampoco hay necesidad de mencionar nosotros o ellos. Nada más refiérete al hecho. Qué esperabas, ¡el hecho vale por sí mismo! Pierdes el tiempo en cazar culpables. Tu testimonio sobre el hecho es lo que cuenta. Eres testigo, no acusador. ¿De veras te creíste el cuento infortunado, por tantas voces manoseado hasta llegar tu turno, que insiste en la fama del periodismo

interpretativo? Y qué es lo que ves. ¿Todavía encuentras alternativas bibliográficas para estructurar la realidad en su totalidad? Hoy ya no tienes moldes ni pretextos confiables para enjuiciar. ¿En dónde buscas lo que piensas? ¿Crees encontrar la ciudad en tus ideas? Ten paciencia; por muy acertado que creas estar, nadie tomará en serio lo que anuncias. A la credibilidad ningún dios se le acerca más de dos minutos. Ninguneada la credibilidad incluso frente al señor Zabludovsky.

Entonces, qué más da. Vende caro tu desaliento. Muestra tu incredulidad, tu frialdad. *Be cool*. Olvídate de hacer planes, porque puede ser que más adelante, llevándolos a cabo, no puedas controlarles los normales cambios circunstanciales. Y tu temperamento emprendedor, que siempre termina lo iniciado, te hará seguir con ellos por mucho tiempo justificando la tardanza. Vendrá el mundo y tú ya sabrás observarlo como detrás de una resolana. Entonces sí podrás interpretar. Estarás auscultando la realidad a través de un catálogo de mirada fija; desde un punto concéntrico verás llegar hasta ti al mundo. Estarás a un paso de la estupidez.

Historia larga, historia corta. Posibilidad de ver de cerca lo lejano o la lejanía en lo cercano, sin necesidad de que en ello haya una separación nuestra del tiempo. Por el momento, el tiempo es lo de menos. Aquí la dificultad hace citar un texto de Octavio Paz: "Se compara con frecuencia la historia con un tejido, labor de muchas manos que, sin concertarse y sin saber exactamente lo que hacen, mezclan hilos de todos los colores hasta que aparece sobre la tela una sucesión de figuras a un tiempo familiares y enigmáticas. Desde el punto de vista de la *duración corta*, las figuras no se repiten: la historia es creación incesante, novedad, el reino de lo único y singular. Desde la *duración larga* se perciben repeticiones, rupturas, comienzos: ritmos. Las

dos visiones son verdaderas".¹⁰ Por el momento, de lo dicho por Paz, nos interesan las figuras y no las *duraciones*.

La crónica da testimonio de un tiempo que no es historia. Un cronista ve de cerca un suceso que pudo ya haber acontecido, pero no importa. Para él el suceso es genuino e inaugural; su observación inicia en un momento preciso, no antes ni después. Que este suceso pueda estar vinculado con otro no lo determina el cronista sino el suceso mismo. El entretejido histórico es una relación de elementos naturales que el hombre no domina, acelerada o demorada y puntualizada por los *medios* y sus alcances. Un hecho puede ser síntoma de algún tipo de conducta particular o de un proceso histórico colectivo; lo cual no significa nada para el tiempo y sí para un autoconocimiento de la humanidad. No hay autoridad en la crónica para dar por hecha una conclusión solamente hipotética. Adelantarnos al tiempo o recuperarnos en él no concluye nada, únicamente señala un movimiento inconstante e ininterrumpible. El tiempo no se justifica en el avance consecuente de instantes; cada instante puede surgir imperfectiblemente y desaparecer de igual forma obedeciendo un ánimo oculto, que no tiene relación de ningún tipo con la voluntad humana. Pues contrariando a todo proyecto, no hay dirección en el tiempo real. Que los relojes vayan adelantando las horas no supone que el tiempo avance en su camino, unidireccionalmente. Porque el tiempo no es uno solo a la vez, es todos los tiempos incubados reiterativamente en el sitio del presente, ya ido o ya próximo a venir. Escucha la historia que aún no es historia; preséntela viva contigo y en la ciudad. No en la víspera del mañana ni en la reminiscencia del ayer, vive con ella ahora. Di no a la teología.

¹⁰ Octavio paz, *Tiempo rublado*, p. 8.

Ningún carácter moral debe estar en posición de juego. Ninguna opinión vale como pretensión de certeza. La realidad es un consenso, una complicidad generalizada, y tú no puedes contrapuntearla excluyéndote de ella. Con la crónica urbana no se exhiben los vicios ajenos, pues si hay algún enjuiciamiento en ella va con fuerza hacia nosotros mismos. De ahí que la mancha sea general. El nosotros expone, atestigua, supone con su propio rostro. Sin embargo ¿quién no tiene alguna vez un rostro como el de ese nosotros? Tú eres --puedes serlo-- ese nosotros cuando caminas, cuando ignoras, cuando olvidas. Nosotros tan sólo somos tu reflejo.

La objetividad es un ente grande, invisible y cauteloso. Nadie puede atraparla con ninguna red. La información siempre se cuela entre la magnificencia del hecho. Aquel que más datos se atribuye con más filtraciones mira; su objeto se ajusta a la medida del dato, a tal punto que su observación se justifica en él. De todos modos la noticia de un hecho puede ser verosímil, en ocasiones cierta, pero casi nunca equivalente al hecho mismo. Todo suceso tiene naturaleza multifacética, aparenta ser instantáneo e irrepetible, pero sin que lo sepamos, puede ser tan prolongado como la humanidad misma. Ejemplifiquemos: la violación a una mujer es una noticia de interés colectivo, pero esa violación sólo es un caso de las constantes violaciones acaecidas. En esto, podríamos no estar de acuerdo ya sea porque el violador fue un familiar de la víctima o porque la violación haya sido colectiva. Planteamos una opinión sobre tal situación. Sin embargo, ¿no será una conducta humana innata lo que provoca tales sucesos? O ¿será la sociedad, la fuerza, la desidia, el instinto en que incubimos? ¿No serán puras justificaciones? ¿No será una manera cobarde de no ver? Aquí no importa si somos civilizados o bárbaros; el hecho nos atañe a todos y conformarnos con ponerle nombre a la víctima y situarla lejos de nuestro alcance es señalarlo desinteresadamente y por encima nosotros de los otros. Y, peor aún, por encima nosotros del tiempo. Quiere decir que no hay

cómplices en una acción aislada. Pero, cambia el nombre no la víctima. Llamemos a la víctima ese nosotros latente indistinguible. La singularidad sólo produce ilusión --dosis de ligereza--; alude a la realidad y da versiones de ella según la óptica, mas no puede reflejarla plenamente: Bosquejamos un dominio pronto de la situación. Nos tranquiliza que no nos haya ocurrido a nosotros. Por tanto, no hay responsabilidad directa... Y la verdad es que cada violación, en hombre o mujer, está en nuestra conciencia como una pena incómoda. Aunque nos defendamos de ella con un vigoroso "nosotros no hicimos nada; no nos amenes, grandísimo estúpido". *Eureka* --ya era hora de encontrar responsables--: esa **nada** es la culpa, irremediablemente nuestra.

No encuentro motivos para romper con las tradiciones. No se desecha lo dicho y hecho. Evolucionamos con las cosas que hacemos. Escribir del presente en la crónica es evolucionarla y evolucionamos históricamente. Nuestros actos son nuestras proyecciones: Nuestra ciudad nos proyecta; triste y abandonada desde hace tiempo y en el futuro. ¿A dónde fue a parar aquel proyecto prometido de progreso en la ciudad? ¿Lo traerán bajo el brazo los jefes de manzana o el ímpetu de la movilización ciudadana perredista? ¿Quién dará respuestas? ¿Quién evitará o frenará el descrédito fomentado y cada vez más comprobado de los especialistas, de sus opiniones con punta de aguja, muy precisas y dislocadas del contexto? Es tan fácil opinar y legitimar la verdad como propia. "Pero, señores, veamos los errores --dice Erick Guerrero en *Hechos*. La imagen de México en el ámbito internacional se está deteriorando paulatinamente. Y ¿por qué?, se preguntarán ustedes. Pues bien, es simple, ¡por las protestas de unos cuantos! Cuánto ruido hacen y --señores-- protestan por todo, que hasta se parecen a los maderos de San Juan, que piden pan y no les dan o piden queso y les dan un hueso. No se dan cuenta que ahuyentan la inversión extranjera, que el progreso del país vendrá con más empleo y mejor

remunerados, y que ellos enturbian nuestra estabilidad tan requerida para la confianza económica. Señores barzonistas, otra vez no, POR FAVOR".

Muy agradecidas las palabras de este sabio señor. Y así, cada quien argumenta y ve la ciudad como le gustaría que fuera y no como en realidad es, lo cual es un problema de sinceridad y no de conveniencias. Todos somos narradores de historias y no protagonistas en ellas. Y bien, si somos dados a la invención, pues bueno, inventemos. Si la objetividad parece ser una maldición convenenciera, entonces, paguemos el precio. Inventemos historias donde el protagonista sea ese ineludible nosotros y la "realidad" sea tratada como esencia y no como forma. Participemos de la urbanidad, no de un método culinario que profese reglas e instrucciones para guisar apetecibles crónicas. Sin negar la importancia del pasado que nos trajo hasta aquí, continuemos. Consideremos, aprendamos, replanteemos. "Metamorfosis mata a Morfeo". Buenos días, señora crónica; veamos qué se dice de usted:

Primero, lo primero; las palabras del experto Vicente Leñero.

Es la exposición, la narración de un acontecimiento, en el orden en que fue desarrollándose. Se caracteriza por transmitir, además de información, las impresiones del cronista. Más que retratar la realidad, este género se emplea para recrear la atmósfera en que se produce un determinado suceso.¹¹

Ahora, el no menos sofista, Federico Campbell.

Se trata de una relación de hechos, detalles, ambientes, escrita en un orden no necesariamente cronológico. Es la narración de un acontecimiento de interés

¹¹ Vicente Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, p. 43.

*colectivo en la que el cronista se puede permitir comentarios y acotaciones y ejercer su estilo personal.*¹²

Que quede expresada aquí mi intención de delimitar —y no de definir— el carácter urbano en la crónica que no la crónica misma. Vista así, la crónica es un vehículo. Se dice que en ella predomina el cómo.¹³ Un relato cronológico no necesariamente lineal o, en el mejor de los casos, un tratamiento narrativo y descriptivo de la noticia.

Se busca amenidad basada es un estilo literario atractivo para el lector. Con verosimilitud para no medrar el rasgo periodístico al texto. Como quien dice es un trabajo de complacencia, una rutina diaria que hay que satisfacer tomando en cuenta las expectativas del lector. La realidad debe parecerse a lo que se espera de ella.

Hay dos tipos de discursos en la crónica: uno superficial y otro profundo. Con el primero podemos probar una forma. Es aquello que se dice literalmente en lo que se escribe. Las cosas mostradas como aparentan ser a primera vista: verificables en línea recta con la realidad. En el discurso profundo las cosas se dicen sin querer. Se intuye, se presiente *otra* realidad que no es tan evidente como la primera. Es una realidad borrosa más aproximada a la esencia que a la forma. Tan borrosa que el periodismo no se compromete a usarla, por su dificultad para verificarla, por su inconstante lógica, por su semejanza a la interioridad inconsciente de la que se ocupa el psicoanálisis.

Por tanto, la intromisión es el único impulso ético que da marcha a la crónica urbana. A manera de diagnóstico, su atención va dirigida al caos citadino y no al presuntuoso orden. El caos oculto o el orden enfermo; situaciones perceptibles en

¹² Federico Campbell, *Periodismo escrito*, p. 42.

¹³ Cfr. Vicente Leñero y Carlos Marín, *op. cit.*, pp. 155-184.

noticias de tono intrigante, como si eso fuera suficiente purga para pasarnos la angustia de ver agonizar nuestros modernos ideales, aquella promesa de libertad total, que se niega a morir y que reavivamos con electro shocks en terapia intensiva como si se tratara de un cadáver.

Fondo profundo: incapacidad de asumir hoy el proyecto moderno, de principio postergado a tiempos venideros con circunstancias favorables, más propicias. Atascados, esperanzados: no hay mañana. La posmodernidad queda dispuesta como una extensión de la modernidad, aunque menos ideal y menos inívoa. Un nuevo proyecto sin plazos determinados. Y, sobre todo, una visión del movimiento y la autocrítica como síntomas modernos y ya no una concepción irrefutable y perpetuada. El tiempo es hoy; idea y acción también son hoy.

La duda como condición humana; un requisito, aunque no el único, para la reflexión. Entonces, ya es hora. Que el cronista dude de la realidad aparente, que dude incluso de la realidad subjetiva o interna o traslúcida. Que conforme una en la otra y viceversa. Que juegue, que intente, que vislumbre; pero que nunca atrape la verdad como su rehén.

Una ficción con forma de realidad. Ahí la dualidad citadina aparecerá. La inconsciencia elevada a una percepción consciente, y esta última casi siempre aparece sin buscarle. Proceso de anamnesis acompañado de un turrón reflexivo.

No vendrá el tiempo a sanarnos la angustia: no hay magia capaz de darnos felicidad. Ante la incertidumbre todas las fracciones se enjutan y se preparan para la guerra. El único futuro es el futuro propio. Pero... empecemos la terapia, démosle también voz a la inconsciencia. De una buena vez, que la crónica sea un principio de reflexión y no de mera exhibición.

Pero, finalmente, ¿qué dice don Carlos Monsiváis al respecto?

*Hay un nuevo país que empieza a cronicar y documentar: el México de masas y desempleo, de frustración y esperanzas bajo la tierra. Todo está por escribirse, grabarse, registrarse. Entender, desplegar, reportear este nuevo país es primordial para el periodismo escrito, televisivo, fílmico, radiofónico, lo que exige e irá exigiendo el crecimiento de una prensa marginal y el aprovechamiento inteligente y crítico de los recursos de la prensa establecida.*¹³

¹³ Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta*, p. 76.

I.3 De bajo de esas dos cejas... qué bonitos ojos tienes: el relato inocente y la mirada perversa

--Por el **demonio** que todos llevamos dentro.

A partir de cero. Siempre en los comienzos. Punto de arranque sin meta específica. Observación volátil que encuentra todo por primera vez. Mirada sin carga de nombres, todo nuevo, todo diáfano. La bestia observa cuando el hombre duerme; emerge de su escondrijo y aquél sólo puede imponerle el retorno con asechanzas, con ráfagas de *luz*; empecinado en la creación... en nuestro humano cielo, poderoso y transformador.

Futuro anterior: todo proyecto teleológico trabajado en el presente inaprensible; en el cual el futuro no será tal, si se comienza hoy a estar en él. Llegado el momento, el futuro no tendrá aplazamiento y cuando, por fin, se presente, ya habrá sido consumado con anterioridad. Y la historia se recreará diariamente.

Simbólicamente aniquilamos el plazo. No obstante, el proyecto queda en nosotros, convalidándose con nosotros. Vivimos en un desconcierto. Si nuestro proyecto humano no queda determinado en algún momento del futuro, si rompemos con ese plazo y lo trasladamos hasta hoy, tendremos que asumir un futuro que a partir de ahora es incierto y que nos deja desamparados. Ya no hay forma de relegar la responsabilidad del mundo en el futuro, tampoco hay forma de regresar al mito. Y no debería haber pretextos para caer, de nueva cuenta, en la desconfianza ni en el peor de sus efectos: el sectarismo férreo y cerrado.

Aquí estamos, estamos ahora. Saltamos al futuro, nos brincamos el plazo; dejamos al pasado sin regresarlo a la vigencia. Somos lo que somos, tiempo en

consecuencia y en expectativa. Somos el nudo histórico que nos ahorca. Hoy damos el primer paso de la "mayoría de edad". No somos asequibles ni etéreos ni imborrables ni tolerantes. Somos la libertad de nuestros temores. Somos un simple momento de la historia; no un puente ni un eslabón, sino una muerte y un corazón. Cada vida es irrepetible porque cada quien posee un estilo propio para morir, que puede ser elegido o concertado, pero eso es circunstancial al hombre.

Indispensable en el hombre, los sentimientos; que en algún instante fueron convertidos en sombras largas dispersas a través de un camino, al cual no hay forma de recuperar, nunca jamás; si no es que por simple nostalgia. Nos interrumpe repentinamente un panorama de extraños seres fugaces y un mundo irreconocible, fantasmas o personas ausentes al borde del camino. Modernidad de la nostalgia por la muerte, todo ello en plena vida. Un regreso que no podrá completarse, que estará presente y cada vez más lejos.

Una realidad que más que significar está regresando a ser, sin mediaciones de la razón. Ahí el único arraigo entre el mundo y el hombre es el de la certeza de la muerte. Pero, uno puede morir tantas veces o, quizás, ver morir lo demás y nosotros con ello. La realidad ya no aparece ante nosotros como un signo de vida. De entrada, la muerte es un comensal de ideas. Y nuestra idea de la vida está siendo digerida desde dentro --pues la muerte es una inoculación profunda de espanto-- y no hay manera de defenderla.

Nosotros no somos nuestras crónicas. La crónica es una señal abstracta de vida, efímera y brutalmente sitiada. Nuestra perversión consiste en ya no significar nada en nada. Ya ninguna significación evade el presentimiento de la muerte. Y, debido a eso, acrecentamos --exacerbamos-- los símbolos como un modo de supervivencia último.

De violencia, indiferencia y otras ingratitudes se debe a la significación que ha dejado de tener la vida. "Comienza siempre llorando y así llorando se acaba", cantaba José Alfredo Jiménez. Con ella se puede tener todo y en verdad nada al dejarla, nada más la posibilidad de aparecer en las remembranzas de alguien que aún esté vivo.

Damos señales de lo que somos. Señales que sólo entendemos mediatizándolas. Articulamos nuestra vida en símbolos. Nos ayudamos de ellos para estructurar nuestra totalidad: todo signo significa, por sí solo y en conjunto con otros. La vida es una realidad que se piensa, una estructura totalizante que nos hace entender nuestra posición y las ajenas en la escala mayor; todo comprendido en un esqueleto cada vez más grande y deforme. La vida es un simulacro, un plagio de sí misma. Pero, ocasionalmente, también es un sentimiento.

Vivir sería coexistir en la inocencia y el sueño. Conviene advertir que la realidad es un aprendizaje, un demonio haciéndole sombra al mundo. Lo que escribimos es lo aprendido de la vida y no lo realmente experimentado, lo vivo.

Sueños que se entrelazan: somos todos un sueño único de infinitas neuronas: trabajamos la ficción del lenguaje como si fuera la verdad arbitraria de nuestra vida.

¡Qué! ¿Es más cierto que yo, que estoy aquí? Mi voz no es la del lenguaje, es algo más personal que eso. Soy algo tuyo que has ido aniquilando en silencio. Hoy hago el ruido por ti.

*A ti te estoy hablando, a ti
que nunca sigues mis consejos
a ti te estoy gritando, a ti
que estás metido en mi pellejo,*

*a ti que estás llorando ahí,
al otro lado del espejo,
a ti, que no te debo
mas que el empujón que anoche
me llevó a escribir esta canción.^{IV}*

Hemos de vivir un sueño que anuncia la muerte reiteradamente. Hemos de anunciar reiteradamente que la muerte vive un sueño. Ahí está la angustia; despiértala; envuélvete en el sin sentido de vivir muriendo; para qué hemos de morir definitivamente si viviendo podemos morir infinitad de veces.

La vida es sueño. Y yo no he de creer más en la vida que en el sueño. Hoy estoy jadeante porque no puedo, porque no vivo sin soñar. Esa insolente extrañeza que se apoderó de mí. A ella le debo el sacrificio del *otro* yo; de ese que es mi negación y mi contraparte. Mi lado oscuro en la zona ilustre de los símbolos.

No hay tal perversión. Sólo es la bestia que se asoma. El animal sumiso; el *nahual* dirían los chamanes. Aquel que al andar puede percibir el equilibrio de la naturaleza sin necesidad de explicárselo ni de dudar. Y al salir se encuentra en un mundo iluminado, que de antemano niega su existencia, ve la naturaleza distorsionada, vapuleada, forzada a ser un espacio pretendidamente inalterable, simbólicamente ordenado. Una sepultura, un quejido prolongado, una libertad condicionada. Éstas son también distinciones de nuestra gran ciudad; dichas por un mensaje entrelíneas, dibujadas a contra luz por los símbolos que la componen.

Emprendemos un viaje sin retorno donde los símbolos son nuestra tregua. Queremos tanto a nuestra ciudad por lo que representa para nosotros y no por lo que

^{IV} Joaquín Sabina; estrofa de la canción *Corre, dijo la tortuga*.

a ella misma le duele. Significa todo para nosotros: vértigo y consuelo, promiscuidad y recato, progreso y tradición, lucha y sosiego, clamor y apatía; centro de centros. Pero, eso no es nada, lo entrañable en la ciudad es su viveza, su dorso, su benevolencia, su existencia propia.

Dejamos huella de nuestro paso por el planeta. Una marca triste de un caminante inadvertido por el polvo que todo lo borra y lo sepulta. Fuerte golpe al narciso que construyó su hogar con las manos y lo derribó con la cabeza.

"Lentamente se va instalando un nuevo decorado. A grandes rasgos: el cosmos es una consecuencia de una explosión; los desechos se esparcen todavía por efecto del impulso inaugural; los astros, al arder transmutan los elementos; su vida está contada; la del sol también; la probabilidad de que la síntesis de las primeras algas haya tenido lugar en el agua, sobre la Tierra, era ínfima; el Humano es aún menos probable; su corteza cerebral es la organización material más compleja que se conoce; las máquinas que el humano engendra son una extensión de sí mismo; la red que formarán será como una especie de segunda corteza, más compleja; tendrá que resolver la evacuación de la humanidad a otros planetas, antes de la muerte del sol; la selección entre aquellos que podrán partir y los que están condenados, la implosión ha comenzado, será según el criterio del *subdesarrollo*".¹⁴

El relato inocente no existe. La crónica es un texto de segunda mano, un mensaje a descifrar. El lenguaje es la interiorización de lo que vivimos; un segundo respiro de un proceso a perpetuidad. Es decir, la inocencia no está en ninguna de las expresiones del lenguaje. Es más inocente el silencio de alguien sorprendido ante la imposibilidad de expresarse que el alegato de alguien que habla y no dice nada de lo que pretende su razón. La inocencia no es compleja; sabe de las particularidades, las

¹⁴ Jean-François Lyotard, *op. cit.*, p. 100.

considera inéditas e incommunicables. Aunque intuye, no se atreve a concretar y no actúa con dominio ante un mundo desconocido que lo maravilla.

Todo no es nada si ese todo está calculado por la mente. Y la similitud con que se ordena ese todo es intangible, porque sólo existe en las ideas. La crónica urbana es un remedo que busca a la ciudad, un intento que proseguiremos sabiendo de antemano que no podremos expresar, ni siquiera volviendo a la inocencia, más que sus similitudes: nada de esencia, esencia de la nada. Nada de nada. Comisuras de la forma pervertida en arquetipos. Mirada perdida y dilatada en la inmensidad y en su inexplicable equilibrio. Por los siglos de los siglos, amén.

II. De la región más transparente a estas ruinas que ves

Para ser sincero he fracasado en mi intento por abarcar a la ciudad de un solo golpe. No podría terminar una tarea histórica sobre México. Y hasta un resumen o un esbozo quedarían siempre incompletos. Son casi siete siglos y por lo menos tres ciudades distintas. Cada una con leyendas y con relatos que tratan de concebir y establecer un presente vivo que muere en las primeras horas de mañana.

Han habido dos constantes en la ciudad: una transformación ininterrumpible, que sugiere muerte constante y vida nueva, y un pueblo extranjero conformado en éxodos sucesivos que han visto en el valle de México una tierra prometida, y que han ido naturalizándose en cada una de esas transformaciones. A medida que fueron llegando conquistaron el espacio natural y luego para ya no sentirse forasteros institucionalizaron sus creencias en la ciudad.

Es decir, que la historia de la ciudad de México ha sido una pugna constante por el poder entre sus diversos pueblos. Y como en verdad ninguno ha sido originario de este lugar, ni siquiera sus primeros pobladores que después de doscientos sesenta y dos años de que salieran de Aztlán llegaron a Tenochtitlán en 1325, todos ambicionan legitimarse en sus muros y es por eso que el esplendor de la ciudad ha ido de acuerdo con sus distintas conquistas, en ciclos que comprenden fundación, florecimiento, defensa y derrumbe. Y ruinas sobre ruinas reinician dichos ciclos.

Por tanto, el color del horizonte se pinta en semejanza al color del poder. Pero ya a estas alturas el matiz de la ciudad se ha puesto considerablemente gris y las formas puras se han transmutado en un nuevo equilibrio. Las fuerzas inferiores empujan tanto como las superiores y en medio de ese sandwich quedan los

corredores de la ciudad. En los cuales, dialécticamente, coexisten miseria y opulencia y, analíticamente, existe la clase media.

Quienes quieran una ciudad eterna que la construyan de palabras y, si se puede, poéticamente. Los que quieran implantar el orden en ella que mejor se busquen un museo estático, y que allí pongan las cosas en su respectivo lugar. Quien ame a la violencia que se prepare a nadar como pez en el agua sobre la ciudad y quien la rehuya que se vuelva espectador de *Duro y Directo*. A quien le agraden los remedios caseros que se vuelva jefe de manzana y que levante la mano para opinar. Y quien se queje de la indiferencia que salga ahora mismo a las calles y se ponga como el Quijote a "deshacer agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones, mejorar abusos y satisfacer deudas"... a ver cuándo termina.

Sólo falta decir que la igualdad, la libertad y la fraternidad, cuando menos en nuestra ciudad, son cosas de telenovela. (Sin atentar contra el talento de Epigmenio Ibarra ni contra su célebre producción *Mirada de mujer*, que según dicen es la realidad vuelta telenovela). Esta ciudad al primer síntoma de dolor corre rápido a la farmacia por sus analgésicos. Si de plano la situación es insufrible viene la inyección de anestesia local y se empieza a maniobrar sobre la fractura. Entonces ya no habrá dolor por un tiempo. Y ya otro se ocupará de sugerir la cura, una más rápida, otra no tanto, pero al fin siempre se administrará la medicina.

Habrá que sufrir y confiar en que el dolor pasará. Pensar en que no es necesario empastillarnos impulsivamente. Y que por sí misma la ciudad podrá combatir sus enfermedades, como lo hace en nuestros cuerpos el sistema inmunológico.

II.1 Un horizonte de grises formas

Ciudad constante, continuamente metamorfoseada. Contenida en ella misma y bullendo sobre un lomo calcáreo que sediento propaga el latido seco de su lago muerto.

La infinita ciudad y sus millones de cúmulos traídos de todas partes, desde 1325 hasta hoy; poco menos de siete siglos después. Bajo tus piedras más piedras. Un retoño mítico se fosilizó y surgió una ciudad especie; emprendedora, tenaz y católica. Los dioses sanguinarios de la cosmogonía mexicana vieron caer sus templos y su ciudad. No pudieron defenderla más. No bastó ni la sangre de sus guerreros ni sus escudos ni sus mentiras para ahuyentar a los conquistadores. Vino a cumplirse el augurio y este sitio fue ocupado por segunda vez. Allí fueron sobrepuestos el Cristo redentor, la Virgen y los santos.

Flash back mítico. Profecía expresada por el dios Huitzilopochpli: "Así es, ya he ido a ver el lugar bueno, conveniente (...) Se extiende allí un muy grande espejo de agua. Allí se produce lo que vosotros necesitáis, nada se echa a perder allí. No quiero que aquí os hagan perecer. Así os haré regalo de esta tierra. Allí os haré famosos en verdad entre todas las gentes. Ciertamente no habrá lugar habitado donde vosotros y vuestra ciudad no alcancen fama..."¹⁵

Diversos espacios comparten el sitio de la ciudad. Durante el vasto trayecto de su existencia han soportado sus cimientos variados monumentos. De distintas formas ha sufragado en ella el poder. Ciudad poderosa, el recuerdo de sus monumentos nos platica su trajinar. De la primera ciudad indígena, unos vestigios completamente enterrados, otros apenas visibles. De los del virreinato se habla

¹⁵ Miguel León Portilla, *Microhistoria de la ciudad de México*, p. 15-16.

mucho en leyendas y se conserva poco en sus ruinas. Edificios ya sin renombre, reducidos a viveros comunitarios. Descuidados.

Respaldaban a la tercera ciudad sus construcciones revolucionarias, proyectos de nación libre. La ideología se juntaba al progreso. Se multiplicaban los nuevos edificios del México independiente. Se improvisaba y sobraba fervor. Hasta hinchar a la ciudad de sueños modernos. A toda marcha vendrían las avenidas. Insurgentes multiplicaría sus venas, lo mismo Reforma y el atiborrado Anillo Periférico.

Por sí sola la ciudad maravillaría a los españoles. La gran Tenochtitlan extendía su presencia a través de un eco de voces que le hablaban de ella al capitán Quetzalcoatl. Según lo refiere su Segunda Carta, tuvo noticias de ella en la provincia de Cempoal. Supo de su asentamiento sobre una laguna, de su señorío, el cual alcanzaba extensos territorios, y del insigne príncipe Moctezuma; supo de sus nutridas provisiones y tributos que a ella llegaban provenientes de los numerosos pueblos que estaban bajo su dominio; supo que la tiranía del emperador de México y el forzado yugo con el que sometía a sus aliados habían germinado resentimiento en éstos, y que su obediencia se debía más al temor que a la lealtad. Hubo, incluso, quien le pidiera a Cortés que los librara de aquel señor, ofreciendo sus almas y su voluntad al engrandecimiento de la corona española. Con tener en las manos a México se tendría por añadidura todo su poderío sobre las demás naciones indias. Lo cual era el verdadero propósito humanitario de don Hernando Cortés.

Moctezuma mandó hacer varios intentos por impedir que Cortés y su tropa llegaran a la ciudad. Intento tras intento fracasaron. Si en parte la permanencia de los españoles en estas tierras se debía a la protección del dios católico, que ellos así lo relataron en sus testimonios, la otra parte la compensaban las estrategias y el control que Cortés supo llevar durante la Conquista.

Los augurios que pronosticaban la destrucción de México-Tenochtitlán se volvían más definitivos mientras más se acercaba el aguerrido Cortés. Un cometa había aparecido en el cielo. Por las noches una diosa lloraba inconsolablemente por sus hijos. Moctezuma era un sacerdote. Él se entregaría; la ciudad podía ser tomada sin fuerza. Estaba claro que Quetzalcóatl regresaba a gobernar. Pero los mexicas pensaron en contrariar a aquel dios y al fatalmente sabio emperador que de antemano se le rendía.

Llegan los conquistadores a México. Se asombran. Se sobreponen a su asombro. Aún temen a la empresa que realizarán. Con dios o sin él, disimulan superioridad. Amedrentan con palabras y actitud a sus adversarios. Conversan Cortés y Moctezuma: "Y nuestro capitán dijo a Montezuma, con nuestra lengua, como medio riendo: 'Señor Montezuma: no sé yo como un tan gran señor y sabio varón como vuestra merced es, no haya colegiado en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas que se llaman diablos, y para que vuestra merced lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre --del Templo Mayor-- pongamos una cruz, y en una parte de estos adoratorios, donde están vuestros Uichilobos y Tezcatepuca, haremos un aparato donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya Montezuma la había visto), y veréis el temor que de ello tienen esos ídolos que os tienen engañados.' Y Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: 'Señor Malinche --Cortés--: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Estos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos; y tenemoslos de

adorar y sacrificar; lo que os ruego es que no se digan otras palabras en su deshonor'..."¹⁶

13 de agosto de 1521. 93 días de asedio rindieron por hambre y por fuerza de extraños medios a la ciudad lacustre. Con una mueca de honor da inicio en tierra novohispana la expresión de victoria que tanto requería España. Allá en la península había un país nuevo en tierra dividida, reconquistada a los moros invasores y compartida con incómodos judíos. La Nueva España, la de aquí, era tierra prometida dos veces. Antigua, exuberante y distinta, pero oprimida y servicial. Que aunque ya ocupada era un sitio bueno para traer la cruz, el idioma español y la semilla occidental del reposo que intentaba ser eterno en donde lo eterno consistía en reiterar un ciclo y recapitular el movimiento y la transformación.

Adoratorios. Ídolos. Escalinatas. Crujir de cuerpos. Grito de guerra. Rencor. Triunfo a medias. Ciudad recuperada. Avance. Retroceso. Resistencia. Bergantines. Fuego. Piedras rotas. Desencajamiento. Temor. Desesperación. Renovación de fuerzas y confianza. Asedio. Triunfos constantes. Desbaratamiento de casas. Rendición próxima. Sin esperanzas, México-Tenochtitlán. Conquista; definitiva destrucción. Nuevo alojamiento ahí mismo. Cortés así lo previó.

La parte vencida quitó con sus mismas manos los restos de su abatida ciudad, y colocó otra con *otras* formas, inicialmente españolas. Cimientos fuera. "... en las obras a unos tomaban las vigas, otros caían de alto, a otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos indios, y

¹⁶ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, p. 174-175.

tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad de piedra".¹⁷

Insigne capital. La nueva España reina. La admirada grandeza de su valle y el costoso precio de su rendición formularon un ejemplar proceso de invención. La historia comenzaba a transcribirse en puño y letra española. Tras la fiebre del oro llegaron otras especies de riqueza. Solares y títulos para los sobrevivientes. Gesta heroica recordada por el vencedor. La justicia divina favoreció en la lucha al parentesco español. Debían constar por escrito nombres y apellidos de tan valerosa estirpe. Nadie más que ellos merecían los frutos de la conquista. De sudor y de sangre habían construido su supremacía. No poseían nobleza pero sí mucho honor para ganársela.

La ciudad es tuya, poséela. Hernán Cortés en su *Segunda Relación* le hace entrega a Carlos V de una nación nueva, cuyo nombre copiaba de la original. Y daba a entender que este nuevo señorío podía superar al de la península. "Por lo que he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en muchas otras cosas que la equiparan a ella, me pareció que el nombre más conveniente para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así".¹⁸

Durante los tres siglos del virreinato se condensó en la Nueva España un antagonismo interno. La vida normal era accionada de acuerdo con la tradición española. Diversas castas, entre esclavos negros, nativos y españoles convivían en

¹⁷ Artemio de Valle Arizpe, *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, p. 73.

¹⁸ Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, p. 79.

una nueva dimensión cultural, a la cual fueron insertándose todas sus influencias. La Nueva España era una ciudad abierta al exterior pero celosamente cerrada en el interior. Continuamente había riesgo de revueltas. A partir de entonces la supremacía fue registrándose con mucho cuidado en las construcciones de iglesias y de casas reales. El truco consistía en exagerar en defensa propia los rasgos distintivos de la madre patria. En ese tiempo, el arte barroco fue la expresión propagandística de victoria de una constante conquista todavía no bien apuntalada. Las demás cosas que no manifestaran el poderío español o no glorificaran al dios católico, en primera, eran rarísimas y, si a pesar de todo ocurrían, eran aún débiles para contrarrestar los valores estáticos y ensoñados de la Colonia. Tal vez por eso existía una actitud desinteresada y casi generalizada hacia los estudios científicos. Sor Juana y Sigüenza y Góngora fueron las excepciones.

Con mejores ojos, don Artemio de Valle Arizpe imaginó más detalladamente la complejidad de la vida durante esta época. Visualizó con desmedida nostalgia el reflejo de una ciudad con movimientos lentos:

"Desde el amable hueco de esta ventana, no habréis de mirar, al levantar la cortina, la parda hosquedad de una maciza villa, desbaratada y feudal, ni las suavidades de un paisaje de égloga, ni el encanto del blanco caserío, lleno de sencilla intimidad, tal como aquellos que agrupaban los ingenuos primitivos en el fondo de sus cuadros. No, ante nada de esto se abrirá la avidez de vuestros ojos, sino que habrán de contemplar, si lo tienen por bien, una ciudad admirable que 'parecía a las cosas de encanto que cuentan en el libro de Amadis'. Ciudad de quietos lagos, con jardines flotantes; de altos y múltiples teocallis de piedras talladas con minuciosa gracia; con palacios y casas llenos de la rotunda masa de los vergeles, ya bajos, ya elevados en los pisos altos; con calles bulliciosas, radiantes, que cruzan canales sobre los que se tienden los múltiples puentes de maderas labradas y por los que va la lentitud de las piraguas,

barquetas y canoas, llenas todas de las vistosas mercaderías de la tierra; veréis cómo sus calzadas son anchas, de dos lanzas jinetas, y sombreadas, verdes, frescas, y cómo todos los alrededores de esta gran ciudad lacustre están rodeados de un paisaje de arisca esterilidad que ennoblece una vegetación rígida, heráldica, el maguey, los órganos, la biznaga, el nopal, y envuelta toda ella en las claridades de una atmósfera que exalta más el azul de los cielos y la blancura de los nevados volcanes".¹⁹

Un nuevo horizonte trajo la Independencia. Sobre todo un nuevo sentir y una República para confirmarlo. Casi quinientos años tenía la ciudad. Dos regímenes había en su trayecto y se le avecinaba una moderna idea de país libre. Pronto se iluminarían las envejecidas estructuras del sistema anterior. Se confiaba en el soplo de vida que como vitaminas venían inyectando las Reformas. Rebosaba juventud el país. Sólo había que esperar un poco para que las buenas esperanzas se corroboraran en el tiempo. El poder estaba loco, reciente y libre.

"El movimiento reformista en México que se inició en las últimas décadas del siglo XVIII —y continuado en el XIX— (...) no sólo fue un movimiento que aspiró a la transformación política del país (...) sino principalmente a transformar la mentalidad de nuestra sociedad, su ideología, con el fin de que desechando lo inútil y anquilosado del viejo régimen, se instaurara una organización política, económica y social nueva y operante, y se diera lugar a un desarrollo cultural que permitiera a los países recién emancipados, equipararse con los más adelantados, salir de su condición de inferioridad cultural, de su dependencia ideológica, política y económica para ocupar el rango de estados cultos y progresistas. Fue, en la mente de nuestros dirigentes, necesaria la transformación ideológica para alcanzar después la transformación social y económica".²⁰

¹⁹ Artemio de Valle Arizpe, *op. cit.*, p.7.

²⁰ José María Lafragua y Manuel Orozco y Berra, *La ciudad de México*, p. 38.

Pero el proceso vino de fuera. México era todo un país para los extranjeros y muy poco de él le tocaba a los mexicanos. México lejos de sí mismo. La aristocracia porfiriana se moldeaba a la elegancia y a los lujos. Sentía un gusto extraño por convertir al pueblo de México en una extensión de Europa. Quedaron de ella sus palacios afrancesados. El recuerdo, sus fantasmas bellos. Y el toque especial de una cultura enredada en su diversidad. Enriquecida y también profanada en sus conquistas.

Al igual que siempre, la ciudad moderna ha sido un pedazo de tierra que sufre las transformaciones de gente poderosa, hecha en la decisión de sembrar su nombre. Incandesciendo el lecho natural para edificarlo con su propia ley y autoridad. Siempre en busca del centro, de los primeros cuadros de la ciudad. Para arrebatarse un pasado reciente por el que se tiene desprecio y dejar en su lugar un presente monumental lo más tangiblemente posible en la historia. Historia cruel y cruda, de injusticia y traición, de vida y muerte. La ciudad vive, muere y renace con cada una de sus conquistas. Se alimenta de sus propios escombros y surge nueva y radiante.

Éste es el valle del imán. El valle de la ciudad de México. Aquí entre nosotros se encuentra el símbolo del águila y la serpiente y su magia multiplicándose a la palabra: Mé-xi-co. Ésta es la cuna de los dioses guerreros, donde ellos han debido ceder su omnipotencia, para servir de brazos en un apareamiento forzoso de dos culturas. Pueblos que desaprovecharon el acoplamiento de sus tantos mundos y dejaron ir de su madriguera al ave real, ahuyentada por el reiterado trastorno que las voluntades en el poder le han hecho a su tunal y a su sagrado nicho.

Sigue corriendo la serpiente por el suelo. Soberana. Si ya el águila rara vez regresa, ahora estamos nosotros para ser la presa. Pero nada menos, mejor hacemos presa a la ciudad. Y ella se revuelve desde sus cimientos. Nosotros machacamos sus

andares. Levantamos costras y la ciudad supura sus amarguras subterráneas. Hacemos vulnerable a la región más transparente y la vamos dibujando de ruinas.

Los templos del virreinato se han convertido en otra cosa: en ruinas o en oficinas gubernamentales. Algunos edificios han soportado el maltrato del tiempo, gracias a que han caído en manos prudentes que los han enderezado del olvido. A otros los ha corroído la orina; el jugo gástrico en el desamparo, la indiferencia y la rutina. Se han enterrado piedras para pulir otras, las cuales tarde o temprano se cubrirán de la materia que sofocaron con sus cimientos. Irá levantándose en capas la ciudad.

Con la Revolución de 1910 da inicio el metabolismo de la capa asfáltica en nuestra superficie más reciente. A medida que va desbordándose el crecimiento de la ciudad se fecunda con ella una red social que se digiere a los pueblos vecinos del Estado de México. En la ciudad convergen múltiples espacios. Hay en ella distintas ciudades. Frente a este desbastador panorama de asimilarnos en la inmensidad, por todas partes aparecen puntos de encuentro; lugares públicos que dosifican el anonimato y el andar sin rumbo en una ciudad desconocida. Millares de nudos magnéticos que atraen a las partículas dispersas de un gran caudal revuelto y les dan circulación y destino. Incluso para morir el Metro es muy socorrido.

"... Con fina gracia, la ciudad se cierra, se ataja, las Avenidas, con un edificio que lo vale. Así desde San Francisco (Madero) se puede avizorar el bello oasis del palacio Nacional; o desde el 20 de Noviembre, la Catedral; o desde el Cinco de Mayo, el Palacio de Bellas Artes; o desde la Juárez, el Monumento a la Revolución. No nos gusta como a los yanquis, la monotonía en serie de una Avenida, de una calle, sin principio ni fin, de un *Main Street*. Las rematamos, con un broche de oro, y sin duda por eso hubo en la Colonia tantas calles cerradas de esto y de lo otro de las que muchas sobreviven. Una comunicación larga, o las que sean indispensables para

vincular armoniosamente a la ciudad, sí, por supuesto. Las hubo siempre: cuando los aztecas disponían de dos principales --la de Ixtapalapa y la de Tlacopan--, su convergencia determinó por lógica geométrica el centro de Tenoxtitlán..."²¹

Para tantas ciudades, tantos nombres. La ciudad multiplica sus centros urbanos y los caracteriza. El Centro Histórico conserva su capacidad mercantil. Polanco asegura su responsabilidad ejecutiva. Y así tales y más núcleos hacen funcionar la maquinaria de la ciudad de México; la cual es tan espaciosa que pinta al horizonte de muchas calles regeneradas y rebautizadas. Ya recorrer la ciudad y sus colonias requiere cierta estrategia, conocer sus multiplicadas calles más que serenidad.

"Pero el 'problema' de la nomenclatura (...): ¿es realmente un problema --y no una solución de la Ciudad? ¿Urge tan perentoriamente resolverlo con, por ejemplo, numerar las calles y cruzarlas con avenidas también numeradas? ¿No es esta confusión, este romántico *fausticismo*, una de las formas cautivadoras y legítimas en que la Ciudad escatima su rendición a los extraños, y sólo al precio de conquistarla poco a poco, de cotejarla, de amarla mucho, entrega al fin su rico secreto --recatado y difícil-- a quienes la adoramos tal como es?"²²

La aceleración de los tiempos modernos ha intensificado las reiteradas transformaciones que necesita la ciudad. Ella nos concierta con movimientos y pausas. Llevamos su ritmo muy adentro. Si ella padece, nosotros también. Si ella festeja, nos emborrachamos con ella. Gloria y ruina somos en ella. Y sin embargo, nos amamanta y nos deja dormir en su lecho. No podemos vivir sin nuestra ciudad

²¹ Salvador Novo, *Nueva grandeza mexicana*, p. 106.

²² *Ibid.*, p. 115.

de México. La defendemos con orgullo y muchas veces con impertinencia. Y no la dejamos morir, como se pudiera creer, lo que hacemos es buscar a otra ciudad que sustituya a la anterior que ya está muerta. Necesitamos regalarle a la ciudad un alma que muriendo diariamente sea inmortal. Para así, recuperarla de nuestras ideas y verla al fin.

Final del paseo. Cualquier domingo se agotaba y "desde las Lomas, la ciudad se veía flotar en un halo tenue que recortaba sus perfiles: volcada sobre el Valle, tendida entre los siglos, viva y eterna. Ya recogía, como una madre gigantesca y celosa, el retorno fatigado de sus hijos. Bajo los techos de aquella ciudad; en el del recién nacido, en el beso del joven, en el sueño del hombre, en el vientre de la mujer; en la ambición del mercader, en la gratitud del exiliado; en el lujo y en la miseria; en la jactancia del banquero, en el músculo del trabajador; en las piedras que labraron los aztecas; en las iglesias que elevaron los conquistadores; en los palacios ingenuos de nuestro siglo XIX; en las escuelas, los hospitales y los parques de la Revolución, dormía ahora, se perpetuaba, se gestaba, sobrevivía, la Grandeza de México".²³

²³ *Ibid.*, p. 180.

II.2 El "pusmoderno" Centro Histórico

Pero en fin... Hablo de la ciudad desfigurada; anteaer soñada por nosotros los otros y hoy sufrida por nosotros los de ahora. Hablo de los constantes cambios que los años y las modas acarrearán y que significan paisajes mutilados; hablo del concreto deificado y del salitre de las paredes del baño.

Del olor a gas percibido diariamente por las mañanas y de los topes multiplicados por la avenida.

Hablo del temor que nos causa la idea de extraviarnos en la ciudad, ya sea vivos o muertos, porque ya nadie sabe del espacio desconocido en que habitamos. Hablo de nuestra dificultad para poseerla y para asirla en nuestras heridas como cataplasma. Hablo de nuestros refugios y sus lamentos; de la jovialidad que en la calle tenemos y del temor que nos damos nosotros mismos.

Hablo de los árboles comunes y de los privados, los primeros reproducidos por la intemperie ramplona y los otros cuidados y regados por manos fervorosas.

Hablo de la propiedad privada con la que cada quien está en camino a convertirse en dueño de un pedazo de ciudad. Hablo de la importancia de poseer un sitio propio con el cual cobijarnos de la inmensa ciudad desconocida, pero dentro de ella y sin salirnos.

Hablo de las múltiples edades que coexisten en disgusto y de los que prefieren mantenerse alejados al pleito. Hablo de las promesas y del desinterés que nos causan ellas mismas, de la unidad diversificada y de la exclusividad de clases.

Hablo de la urbanidad de razas múltiples. Del Centro sitiado y su histórica pugna; con su colérica vena mexicana, amenazante y sumisa. Advertida a la arrogancia del linaje español y al rasgo cosmopolita del judío. Ocupando su plaza de tantas maneras, como maneras ha tenido el poder en México.

Hablo de este insatisfecho intestino que regenera sus propias paredes. Del concreto que emerge como flor de pavimento, con hondas raíces prehispánicas y suelo quebradizo; cubriendo las ruinas de la ciudad baja.

Hablo de la nostalgia, que aunque inoperable en nuestros días es catalizadora de movimiento y aun de decisiones. Hablo de la cruel ciudad que taparemos bajo escombros y que luego reconstruiremos. Y que será concebida en la progresiva modernidad ya recuperada de las instituciones estériles.

Hablo de ti, ciudad de prosapia, ombligo del mundo. Hablo del odio reciente y lejano con que fuiste emancipándote. Hablo de los cuadros con que tus primeras esquinas comienzan a trazar tu incalculable horizonte.

Hablo de tu vida mítica. Del despertar de tus rincones. De la sabia congelada que corre en tus ventanas por los analgésicos que consumes. De tu voluntad a no ver el tiempo. Hablo de tus nervios contraídos y de tus músculos agolpados. Hablo de los moretones que ya no sientes. De tus dolores de cabeza interminables.

Hablo de tus vecindades descarapeladas. De la fisonomía terca de tu gente. Del acento y tus vocablos inaprensibles y rítmicos, pero usureros y efimeros. Hablo de la sangre hirviente y las mentadas de madre. De las "cáscaras" dominicales y de los mercados callejeros. Hablo a gritos de tu desorden y del carácter agresivo, para defender o atacar, de tus hormigueros.

Hablo de tus calles reanimadas en la compraventa, de las ferias diurnas del ambulante y de la vida artificial de las mercancías. Del rechinado de las latas de refresco y de la espuma jugosa de los taquitos de suadero. De la saliva pastosa y los andares a tropiezos. De los "diablos" y su carga anunciando *Made in Korea*.

Del Centro provisional que emerge casi todos los días a las diez de la mañana y del estático que exige silencio en sus portales. Hablo de los lunares tranquilos de

tu Centro Histórico que escapan al comercio. Hablo de los ojos que buscan la novedad del mundo capital en tus banquetas.

Hablo con dificultad de tus amaneceres recogidos en montones de basura por el Ayuntamiento. Hablo de tus voces monótonas. Hablo del entrecortado movimiento de tus avenidas. Hablo del olor a incienso que no olvida a Tenochtitlán y que cadenciosamente le danza por las tardes. Hablo del espectáculo de las marchas y de sus esquivas respuestas. Hablo de tus noches y de su oscuridad espesa, de tus bares genéricos y del rancio sopor de tus charcos.

Hablo del polvo invisible que inunda tus calles. De la velocidad importada y de los arreglos propios. Del nuevo orden de tus sentidos. De tus expectativas añejas y de tus posibilidades actuales. Hablo de que eres, más que edificios y esquizofrenia, un ente vivo. Hablo de tu sentir. De que aún conservas Naturaleza en tus paredes. De los proyectos que han hecho en ti y de las nostalgias que se escriben después. Hablo del cariño que todavía nos tienes y de las formas en que te hemos llamado. Hablo del tunal, del águila y la serpiente, de los sacrificios y los dioses hambrientos, de la cruz y la Virgen María, de las manifestaciones públicas, de la fe y la alegría, del baile recatado y el degenerere. Hablo de ti y tus habitantes como si hablara de un solo enigma, que fuera parecido al del huevo y la gallina.

Hablo de los que vienen a verte y nunca más vuelven, de los que regresando a diario no te reconocen y disimulan saber recorerte, y nunca perderse. Hablo de los que escuchan y se guían por tus calles rememorando muertos y victorias. Hablo de la ciudad de los palacios y del aire más transparente. Del *agua quemada* y de las *batallas del desierto*. De los relatos estúpidos que hemos fabricado para hermostearte y, muy circunstancialmente, para adorarte.

Y en fin, hablo de las infinitas palabras que podrían decir nada de ti. Hablo de la conformidad nuestra por las frases dichas en honor tuyo. De lo bien servidos que estamos por ello. Y de la risa misericordiosa que todo esto te causa.

III. Haz patria y mata a un chilango

Nadie más como el chilango para defender en todo honor y toda gloria a su terruño. Aunque sea con puros "chales" en la boca argumenta un valor providencial a su ciudad. Y quizás sepa lo que dice. Repetirá cuantas veces sean necesarias su origen. Expresará con franco orgullo los privilegios que en ella goza. Y si alguien soporta por más de diez minutos su plática, se enterará sin que dé su consentimiento de las vivencias infantiles en el barrio, de cuando la ciudad de México era otra: más bella y sin tanta pinche gente que nada más viene a chingar. Pues que se chinguen.

Ya no hay que perder el tiempo en hablar más de los chilangos... En este capítulo se habla en sí de la ciudad posmoderna, de la nostalgia por el pasado y de las mercancías desechables. Sin querer se hace referencia a la cultura "Kotex" como una modalidad de uso y de autorretrato personal y no como un paradigma de confort y bienestar. Después de verificar el rombo ninguna mujer se cree eso de las alitas. Las promesas se insinúan en la envoltura de las mercancías. Y una vez salida la mercancía no se aceptan devoluciones. Pero si yo no vi el letrero. Y ahora ¿quién podrá defenderme? 5-68-87-22.

La última explicación necesaria, antes de empezar, tiene cierto parecido a una media aritmética. Si hubo un efecto positivo en la modernidad se vio reflejado en la traza de una línea de normalidad entre la mayoría de los habitantes de la ciudad. Por lo menos parecía haber un rango en el cual fluctuaba mucha más gente. José Joaquín Blanco lo expresó así:

Las mercancías industriales trajeron una esperanza igualadora: zapatos y huevos y leche para casi todos; agua potable, ropa vivienda, escuela, hospital; una dieta más diversificada, medios de comunicación homogeneizadores, etcétera, y esa esperanza

se ubicó exclusivamente en las ciudades y muy especialmente en la ciudad de México. Aquí se podía empezar a ser igual que los demás, mientras que en el campo y en las pequeñas ciudades provincianas, la desigualdad estamentaria continuaba intocada. La ciudad de México, así, se volvió una utopía nacional que con sus espejismos irresistibles empezó a atraer masas rurales, y el paso del siglo veinte, de un país principalmente agrícola y rural, México devino un país urbano, casi capitalino, y crecientemente alejado de la agricultura.²⁴

²⁴ José Joaquín Blanco, *Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon (y otras crónicas)*, p. 170.

III.1 La cultura "Kotex" y el bote de basura

Diariamente vas y buscas. Caminas, observas, comparas. Tomas un precio o tomas la marca. Te consientes con regalos. El producto de tus necesidades es el precio de tus impulsos. Te gusta comprar. Más te gustaría ahorrar para comprar cosas más caras. La calidad se ha vuelto un privilegio y el costo un obstáculo. No consume mejor aquel que gasta menos sino el que cree comprar lo que se merece.

No doy más. Ni un quinto. Esto no va a durar más de siete meses. Oiga usted, ¿sus productos son sietemesinos? Cómo voy a creer que todo el capital de esta tienda se maneje en fechas de caducidad. ¡Hombre, pero si es lo último que nos ha llegado! Gaste su dinero, señor. Pronto, que la vida es corta. Recuerde que de la vista nace el amor o ¿usted cree en los buenos sentimientos? Mentira que la gente lleve algo dentro. Todo lo que una persona posee lo lleva por fuera. Ándele, ya por lo menos llévese un *tamagochi*. Aproveche la oferta, sólo por hoy.

"No pretendo ser tu dueño... Soy tan pobre, qué otra cosa puedo dar". El poder de compra nos arrebató la vida como una bala expansiva. "Necesito dinero, pero mucho dinero". Quién va a pensar en el tiempo. Rápidamente continuamos nuestro camino. Somos acarreados por la vida loca. Preferimos no resistir. Somos demasiado pequeños en la nueva realidad. Todo el mundo cabe en un jarrito sabiéndolo intercomunicar.

Y frente al espacio global --el mundo a través de una imagen satelital--, en el cual nos llegamos a extraviar al menor cambio del paisaje --y decimos asombrados: hace poco no estaba así--, construimos nuestra pequeña fortaleza, la reconocemos por los puntos de referencia que nosotros hemos puesto ahí al azar. Y en medio de nuestro desorden, encontrar las llaves antes de salir de casa sugiere una habilidad

adivinatora. Repasamos un mapa mental por la sala o la cocina y casi siempre las llaves están sobre el refrigerador.

Abrimos nuestras puertas con una misma llave. Todos y cada uno de nosotros guardamos una misma combinación en nuestra personalidad. Las personas distinguidas son incomprendidas todo el tiempo y habitan en un mundo solitario. El estilo personal no vale de nada inmerso en un frasco de formol junto con el cerebro o en un cuarto reducido por papeles y libros de otro tiempo: incapaces de transmitir vida en este presente. Lo que de veras vale es estar al día en el engranaje de las modas.

Nada más que todas las modas son nostálgicas. Hay una "... insensible colonización del presente por las modas de la nostalgia...".²⁵ La noción del pasado en México queda representada a manera de imágenes en las siempre retransmitibles cintas de la época de oro del cine mexicano. El niño Anacleto Morones sigue ejercitando sus palabras y su malicia en las nuevas vírgenes que nunca se cansan de perseguir al amor. Y Pepe "el toro" era inocente, como también lo eran los jovencitos armados de la Buenos Aires.

Después de habernos acostumbrado a los misteriosos ataques del "chupacabras" y de haberlo transmutado en un Salinas de Gortari volador, la incompetencia de los medios masivos de comunicación nos dejó con una incertidumbre necia. Las explicaciones quedaron inconclusas y finalmente no supimos si era una especie de extraterrestre sanguinario o un murciélago enorme que ya quedó satisfecho.

Digerimos una noticia y bien pronto nos ofrecen otra. "Los Amo, Gracias" cantaba en la "Cumbia del Encanto": "Te cambio la palaa... por el maldito baat". La

²⁵ Frederic Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, p. 49.

osamenta, la "paca", la PGR, Chapa Bezanilla: todos cumplieron con éxito su papel protagónico en el marketing televisivo. Unos papeles cambian y otros se van a la basura. Y sin embargo, el "Cuatemochas" prometió gobernabilidad para una ciudad de México nuevo y funcionarios honorables...

Nuestra realidad se encuentra en los medios. Entre nosotros sólo hay extraños y situaciones cotidianas. La verdadera compañía nos la ofrecen las imágenes de la televisión o la voz de Gabriel Roa en la Z. Tlalpan 2000 es un espacio virtual dentro de la F.M.; o la XEW "La voz de la América Latina desde México", una nostalgia que perdura trabajosamente en las cada día más escasas buenas costumbres.

Vivimos de los simulacros multimedia. Las máquinas se interconectan mejor y la aldea global se erige como una Torre de Babel. Las imágenes viajan planas y sin contenido, pero son la fantástica representación del mundo entero. Recuperado en millones de imágenes textuales que más que fragmentar integran nuestra visión en un nuevo espacio multinacional. Y si individualmente somos polvo diminuto, en conjunto la humanidad equivale a un desierto sediento de espíritu.

Extrañamos tanto a los cigarros *Fiesta*. Pero qué le vamos a hacer; la función debe continuar. Somos el presente de la civilización posmoderna. Aunque del pasado no tengamos una memoria nítida que se traduzca en experiencia y nuestra manera de representarlo sea en referentes tipificados sin significado histórico, hemos llevado al colmo las rehechuras del pasado, lo hemos desarticulado de su contexto original y lo hemos trasladado al nuestro a pesar de encontrarnos en una situación distinta.

Estamos en un espacio en el que todo transita aceleradamente. El pasado fue cándido y fiel a los recuerdos. La situación presente es concéntrica en cuanto a sus espacios llenos de nuevas formas compuestas, y expansivamente asoladora en cuanto a sus tiempos llenos de momentos fugaces.

Nuestra primera revelación posmoderna consiste en saber que no es posible recuperar el pasado. Se habla del pasado como de un tiempo finalizado. Y poco a poco se recupera el espacio vital retrasado en las continuas horas de nostalgia.

El proyecto posmoderno es una salida urgente del tiempo. Nos retira de su impulso y su visión. Intenta preparar un modo de resistencia que nos permita tolerar el avance irreversible del destino capitalista,^V previsiblemente catastrófico. Para lo cual, en el mundo se concierta un reajuste progresivo --por lo menos teóricamente-- entre el espacio y el tiempo. En la época posmoderna hay un distanciamiento temporal, no un desplazamiento espacial.

Los objetos pierden el soplo de vida que en el simulacro general les otorga la tecnología. El sensorio humano se expande fascinado frente a las representaciones de la realidad que le ofrecen sus artificios cada vez más complejos. Todo ocurre como si la tecnología hablara por sí misma de la sensibilidad posmoderna. El espacio se llena de simulacros carentes de significados pero atiborrados de estímulos. Y la verdad es que detrás del espacio posmoderno se encuentra un espacio intemporal, que ha estado con nosotros desde siempre y que ahora se nos abalanza con toda su magnitud.

La vida convertida en un simulacro es una espectacular pasarela que luce brillante, majestuosa, llena de aplausos y agradecimientos, con el éxito en las pupilas y en las lágrimas, y dentro de los ademanes y las sonrisas nerviosas un profundo y olvidado vacío; el cual llenamos con nuestras prendas íntimas, y éstas, sofisticadas o no, cumplen más una función de auto-objetivación y reconocimiento que de usura.

^V Véase: Frederic Jameson, *op. cit.*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1991, 121 p.

Business are business. Centramos nuestro espacio y nuestro tiempo en nosotros mismos. Nos disfrazamos y marchamos en la sociedad como si estuviéramos inmersos en un gigantesco carnaval. Espectáculo de desfogue. Con cada movimiento, cada palabra y cada sensación desarrollamos una ambigua catarsis. Los roles ajenos no nos preocupan, porque nadie cumple roles específicos. "Afuera tú no existes, sólo adentro". Los roles son actuaciones externas.

La personalidad se desvanece en la colectividad posmoderna. Todo tiende a volverse anónimo. Por tanto, el bienestar no se asume en la igualdad social sino en las mercancías distintivas y en las marcas. Creemos que estando con todos no estamos solos o cuando menos imaginamos que, aun sin saberlo nadie más, nuestra soledad es acompañada por otras en la misma situación. Y si, en todo caso, esto no fuera cierto, no nos importa, siempre y cuando, lo que busquemos de nosotros mismos lo encontremos en el catálogo vigente de las ofertas de la tienda *Aurrerá*.

Probablemente de las cosas que menos se hubiera imaginado encontrar el modernismo desde sus inicios es este creciente movimiento espiritual que con el posmodernismo se ha venido gestando. Las alternativas en la vida moderna quedaban enfocadas a un creciente Bienestar social; en esa época las mercancías llenaban necesidades primarias: ropa en cantidades nunca antes vistas; utensilios de dignidad o distinción, desde las gomas de mascar con que las prostitutas ciertamente hacen menos perezosa la espera del cliente hasta las vistosas y aromáticas tazas de café con que la gente decente de Coyoacán —en su Centro casiintelectual de los souvenirs— cree platicar seriamente de los modos del bien amar, del bien leer o del bien comer; comida de todo tipo para todo tipo de gente; lo mismo ocurría con las diversiones y la sexualidad. En los tiempos modernos la *libertad* se medía por la libertad que uno poseía de comprar libertad. Aunándose a ello la satisfacción proporcionada por la higiénica dupla del cepillo de dientes y la pasta *Colgate* y los

múltiples objetos y mercancías que ha traído la industrialización a la mayoría de los hogares, que no a todos.

Las nuevas opciones negociables buscan proporcionar tranquilidad y paz interna. Ya ni siquiera Og Mandino vende tantos libros como Carlos Cuauhtémoc Sánchez. A pesar de que nuestro dinero conserva su poder adquisitivo va necesitándose mayor talento en la publicidad para mantener vendiéndose a mercancías denominadas con el amplio margen de "primera" necesidad.

El negocio de hoy es la venta espiritual y vegetariana, la aromaterapia de las flores de Bach, los poderes curativos de los magnetos y las disciplinas orientales del equilibrio energético interno que se occidentalizan al márketing. ¡Las tiendas Shayá Míchán se propagan en la república con sorprendente rapidez llevando la luz del naturismo!

A la frase "hay cosas que no se compran con dinero" la contrarresta parcialmente esta otra que dice: "todo tiene su precio". No hay de otra, hay que igualarle el precio al placer. Y, si se puede, superarlo. Sin tomar en cuenta siquiera que la envoltura tenga más garantía que el producto o que la envoltura sea lo que en verdad compense nuestro hábito de compra.

Todo evoluciona. Hoy las necesidades humanas son otras, otros los costos y otras las formas de pagar. "Abonos chiquitos para pagar poquito". Si algo que busquemos no tiene precio nos hace desconfiar, pues sólo nos interesa comprar lo que nuestro dinero pueda pagar. Para eso trabajamos ¿no?

III.2 Cuando nadie te quiera, cuando todos te olviden

Septiembre de 1985. Las múltiples conmociones en el interior emotivo de miles de damnificados evidenciaron una singular solidaridad entre ellos y la supervivencia de sus espacios, entonces visiblemente condenados a caer y desbaratarse. La Tierra nos devolvió la oscura presencia de la muerte. Y descubrimos un extraño vínculo, más que sentimental, con nuestro amargo y dulce hogar.

En una casa frente al parque, la señora de edad observa por la ventana. Socorristas y vecinos la instan a salir, el lugar es inseguro, los derrumbes próximos auguran lo peor. Ella se resiste, ve con sorna al reportero de televisión, cierra y abre la ventana con enfado y parsimonia, se aleja y vuelve. Los llamados a la huida se acrecientan. 'Salga, señora. Por favor ¿Qué no ve cómo está la situación? No sea terca'. Se esconde y al volver el reportero de la televisión ya se ha ido, y ella hace un gesto triste, como de quien perdió algo entrañable. Responde: 'Aquí estoy a gusto. Déjenme en paz'. Y de nuevo cierra la puerta y se retira, y dos minutos después, ya está con su público. Las vecinas se obstinan, le llaman por su nombre, la regañan. Ella replica tajante. 'Aquí me quedo', y mira con melancolía a su alrededor, segura de las causas de su persistencia. ¿A dónde podría ir? ¿Qué caso tiene el exilio a estas alturas? A su modo, y sin pretender el rango de símbolo, ella representa en buena medida el espíritu que anima a la ciudad misma, devastado, contaminado, violentado, expoliado y, sin embargo, orgulloso de su terquedad.²⁶

La ciudad de México es sólo uno más de los lunares espaciales que tiene la Tierra. El Aleph, el planeta global concebido en su totalidad nos muestra sus zonas "oscuras" y seculares. En México-Tenochtitlán estamos todos pigmentados de esa

²⁶ Carlos Monsiváis, "Triunfó el valor de mostrar el propio pánico", en Vicente Leñero y Carlos Marín, *op. cit.*, p. 179-180.

oscuridad; de ese extraño sentimiento que nos hace imaginar todo el mundo desde un lugar preciso, pero interconectado en nuestro sistema nervioso desde el *Internet*. Y cuando estamos hartos y salimos de la ciudad, dejamos en su superficie la porción de pigmento posmoderno que nos corresponde y alguien más, inmediatamente, lo recupera. Para entonces pensamos en un lugar que nos sea fácil de conocer y reconocer como a la palma de nuestra mano. Pero nunca damos con ese lugar.

A diferencia de las transformaciones que la industrialización capitalista ha traído con severidad a los campos, en las ciudades en cuyo seno ya existía tal proyecto de industrialización, este proyecto fue bien recibido, al igual que sus aceleradas renovaciones. Tal como estaban fueron colmándose primero de nuevos bríos, luego de nuevos espacios --típicamente ciudadanos: centros de recreo, de transporte y de trabajo masivos--, y últimamente de nuevas nostalgias.

Es verdad que nos han rebasado los problemas atribuibles a cualquier ciudad moderna. Estamos coexistiendo en un mundo "real" y en otro imaginario. En un mundo primitivo y en otro altamente modernizado. Nos decimos la civilización de las utopías; viable con sus buenisimas intensiones, sus mayores libertades y su abundante dignidad en las abundantes mercancías; pero a la vez entorpecida por la larga cola jurásica con que se viene tropezando.

Compañeros: estamos en el umbral de lo que será una era democrática en la ciudad. Queremos una ciudad digna y con justicia. Una ciudad que no se olvide de los desprotegidos. Una ciudad con un amplio margen para cada una de sus manifestaciones cívicas, culturales y religiosas. Los exhorto a todos ustedes para que colaboren en la lucha del gobierno contra la corrupción, contra la represión policiaca y los abusos de autoridad. Queremos un cambio real y palpable en la vida del capitalino. Con un apoyo incondicional de sus instituciones, las cuales deberán ser

respetuosas con los derechos humanos, además de ofrecer servicios públicos económicos y eficientes, y regular una planta de transporte adecuada a nuestras necesidades. Pero les recuerdo, compañeros, que su participación es indispensable para poder llevar a cabo el cabal cumplimiento de todos estos objetivos. Y, en fin, hay que mantenernos unidos y en pie de lucha, y así construir una ciudad para todos.

Si el tata Cárdenas viviera... Nadie en absoluto es propietario concupiscente del poder; graciosamente, es el poder mismo quien se ejerce en los "poderosos" y a través de ellos. Entendiendo, de antemano, que la violencia no es sino un recurso drástico de la ausencia de poder. Es decir, el poder instrumenta y da lo necesario a quien se inicia en él para no tener que legitimarse en ningún tipo de discurso. El verdadero poder no rinde cuentas.

Y para volver con las nostalgias ciudadinas, quién sabe de cuáles nos resentimos. De un pasado agrícola, ¡en la ciudad de México!, no parece posible. De un orgulloso momento novohismano, con un quebrantado Centro Histórico y una reciente suma de "herejías" --en el más hogareño sentido de la palabra-- y de religiones con *palabra* en acción es todavía menos probable. Ya ni el catolicismo ni las fórmulas de cortesía unificarán a esta ciudad. De un atrabancado periodo priista, donde todo lo imposible se hacía factible con la ley en la mano y un hábil abogado, es algo de nuestro más reciente pasado que queremos olvidar. Y ninguna de estas situaciones nos causa nostalgia.

Como diría Raúl Velasco: "aún hay más". Si es que algún día llega a suceder --aunque nada sucede por casualidad-- un cambio profundo en la ciudad, éste no sucederá ni en su economía cada vez más compleja ni en su política cada vez más especializada ni en su sociedad cada vez más sola. Estamos desprotegidos en una ciudad ajena. Bien sabemos que la mayoría de las peregrinaciones a la Villa o al Zócalo vienen de fuera. Y no nos importa. No es un problema nuestro. Es más,

nosotros mismos no creemos tener una solución para los problemas de la gente de fuera. Nosotros tenemos nuestras propias peregrinaciones al Estadio Azteca o a los canales de Xochimilco. Sucesivamente, cada quien busca la forma de mantenerse cuerdo. No hay más que ir a comprar y gastar, y con dinero en la bolsa compensar con cualquier mercancía el afecto que nadie nos regala y creemos merecer.

De la misma manera en que sabemos creer y confiar profundamente en nosotros y en nuestras obras, a la hora del incómodo miedo y de la inexplicable tristeza, aceptamos la ociosa necesidad de creer --como ya dijimos que sabemos-- en algo espiritual, aunque sea de origen oriental. Ya no estamos o no nos logramos sentir bien en la ciudad, y buscamos al propio *yo* en las clases de yoga o en el color de nuestra aura. Vamos a las clínicas naturistas y comemos milanesas de soya. Nos hemos vuelto expertos cafetaleros. Y los tés son una nueva opción para no tener que tomar agua simple. Las verduras que nunca nos gustaron, hoy son nuestra nutritiva y sana dieta. Ya hasta pensar en la carne roja nos causa asco. Hablamos de la mala o la buena vibra como si habláramos de los precios de la canasta básica. ¡Todo sube! Y con un poco de cautela y plena seriedad, hasta podemos platicar de los hongos alucinógenos y de un tal "Mezcalito".

En una ciudad occidental, nos guste o no, habla con un público más atento quien se refiere a un dios oriental que aquel otro que insiste en un solo Dios occidental. Como occidentales nos avergüenza la parte espiritual de occidente. Ya volverá todo a la normalidad.

Bien dijo Marx que "la religión es el opio del pueblo". Y el pueblo, en festejo de su libertad, hace del opio una religión todavía más potente. *Ladrón que roba a ladrón...* Nadie merece más atención que el hombre mismo.

Y te halago, te recuerdo, te reconozco. Un análisis previo, una explicación brillante y el **mundo** tiene forma. Hurra. El hombre-dios tiene poder para cambiar la

IV. Con ojos de perro azul: crónicas profanas

Nuestro tiempo: avisos de ocasión para después del Apocalipsis. Las señales han comenzado a mostrarse. Más bien se cree que son situaciones normales en la humanidad. Siempre ha existido la hambruna y la muerte por poseer territorios. De pronto se piensa que el odio tiene potestad seria sobre nosotros. Los arranques de violencia resuelven con mayor prontitud nuestras contrariedades. La razón queda como una opción última para los débiles. Así es la vida. Nadie va a escuchar lamentos ajenos. Ya mejor levanta esa cara y ponte a luchar. Busca solución a tus problemas. Ve con un psicoanalista.

Nuestra civilización: demos respuesta a las incógnitas. Que nadie se atreva a hablarnos de ética. A la ciencia la toleramos con admirado ánimo. Las clonaciones humanas tarde o temprano se harán. Ya no tendremos que sujetarnos a una cada vez más difícil donación de órganos. Tenemos a la vida en nuestras manos. Tal vez lleguemos a *Un mundo feliz*; cuando el control de circunstancias sea posible en su totalidad seremos capaces de reanimar con un soplo a lo inanimado. Dentro del paradigma humano se encierran las decisiones más crudas para la paz. Una nueva agresión generalizada es demasiado arriesgada para la humanidad.

Nuestra tregua: si todavía queda sufrimiento por digerir, pues hagámoslo pronto. El mundo interior del hombre común pone en tela de juicio cualquier promesa de normalidad. Las promesas dadas por el hombre se van desmintiendo una a una. Y cada vez se viaja más hacia el interior del inconsciente, pero las respuestas no llegan como se esperan. Las actitudes autodestructivas son un complejo problema que se agrava en las ciudades. Hemos evolucionado demasiado rápido en cosas de tecnología pero demasiado lento en cosas del espíritu.

Los ojos de perro azul miran la realidad como una complejidad distorsionada; dentro, a través y por la cual, busca respuestas propias. Lo verosímil es su principal argumento. La imaginación sólo se ocupa de poner en orden lo que la razón no nos logra explicar. Los relatos que a continuación vienen si éticamente no cumplen con la objetividad requerida, éticamente sí cumplen con una actitud comprometida que trata de decir la verdad y que se expresa, aun con una originalidad poco agradable, con lo más sincero de sus posibilidades.

Los mexicanos se pintan solos:

Tenochtitlan's Collage

Sí, el Santa Claus de Bancómer vino a bañarse con nosotros. La mugre alberca estaba rica. Nada de jodidos, también los pobres tenemos nuestras alegrías.

Todo brilla como un espejo. La noche trae su propia luz artificial. "Sombras nada más..."

"Pompis provocativas y engañosas", expresa un anuncio. Cierra la boca, provincianito. Y no critiques porque te parto la madre.

Venimos a comer o a pelear. A ver, hijo, trae acá los "sangüiches". Este parque está bien naco, viejo.

¿Qué vendes, diablo? ¿Qué anuncias, *mexica*?

¿Me esperas sentado? Voy por el agua.

¿Tardé media hora en subir para bajar en medio minuto? Voy a vomitar arriba de la montaña rusa.

Tres de tifo y dos de tabla. No, no es cierto; deme cinco de macicita con harta salsa.

Danzón dominical. La pareja "29" está muy dispareja. Ella lleva zapatillas y él guayabera blanca.

"En Neza nos vale madre". Pinches pumitas puñales. ¡Arriba los Toros, culeros!

Super Barrio te saluda: vivienda digna para tu familia. Todos al Zócalo por la democracia.

INRI. Toma mi mano. Desde arriba te bendigo. Gracias por visitar la Catedral.

Miles de parejas se citan en la Alameda. Dos elementos de la Policía Montada hablan por teléfono: sí, mi comandante, los detenidos estaban semidesnudos.

Las paredes oyen. Y últimamente les ha dado por hablar: "En México no existe la libertad de expresión". MPI.

Me enamoré de un maniquí. Súbale por atrás. ¿Cuántos? Dos al Centro Médico. ¿Quiénes son? Mi novia de yeso y yo.

Sí, marchante, este aro de ajos lo va a proteger de la mala suerte. ¿No tendrá algo para el amor? Dese un baño con agua de rosas y verá.

Pues bien niños, desde esa torre se lanzó un niño, como ustedes, envuelto en la bandera.

Mira, esa diana es la chava del *Robin Hood*. ¡Y está encueradita, mano!

Heroico Colegio Militar. México es un país de hombres cabales: Cuihtlahuac-Gutiérrez Rebollo. Flanco derecho, YA.

Madona en charol. Raza rosa. *American way of life*. *American Express*: su puerta al mundo.

A ver sus papeles. No le escucho, ¿cuáles papeles? ¿Tiene permiso para vender en vía pública, sí o no? Llévase dos tortas y déjeme trabajar; ¿no?

Los *Jarritos* son los únicos refrescos que se toman en bolsa, chamaco baboso. ¿No sabes? Ya la *Pepsi* no "es lo de hoy", también eso ya pasó a la historia, ahora lo actual es *Generationnext*.

La familia Telerín lee el *Libro Semanal de Vaqueros*. Las doncellas resuelven las "sopas de letras".

En un puente un niño le dice a otro: escúpele tú primero. Y si se enojan los del trencito. Pues salimos corriendo; no te preocupes, Chapultepec es grande y podremos escondernos.

Otro tren corre por debajo de la ciudad. "Antes de entrar permita salir". Un hombre duerme y otro bosteza; ambos sentados.

Mil Máscaras apareció de pronto en un diminuto cuerpo. Apunta con su pistola láser. Y luego dice: pah pah.

Hay mucha contaminación; no se va a poder. Para allá debe estar mi casa, pero no la alcanzo a ver.

Rabo y oreja: Luis Hernández, la porra te saluda...

Todo es más barato aquí. No vayas más lejos. Te doy buen precio. Los de la otra calle no lo tienen; animate.

Dragon Ball para el tráfico en viaducto. Les echa fuego para que vean y luego les pide dinero.

Café La Habana. Ya te he dicho que Camacho Solís no va a hacer nada con su Centro Democrático. Son maniobras del poder. ¿O tú qué crees? El próximo presidente de México será...

Mamá, ¿por qué te pintas la cara para trabajar? Y luego hasta payasadas haces delante de la gente. ¡No puede ser!

Ooole. ¿Dónde llevan las pilas los trajes de luces?

Un toquín bien banda. Chida la raza, chido el toquín. ¿O no, fiero?

Camino a Santa Fe. La gente husmea entre la basura. Y los perros ayudan en tal labor de sobrevivencia.

¡Viva México, cabrones! Orgulloso muestra sus alas el *maromero* Páez como zopilote mojado.

Sonríe a la foto, buey. Que vean que somos ordenados. No vayan a creer que ni siquiera nos sabemos formar.

En los canales los lirios se multiplican como nata espesa. Pero, ¿y a quién le importa? Los turistas siempre vuelven.

En el circo una pareja se besa apasionadamente. El padre de la novia no se pierde el espectáculo de los trapecistas y observa intensamente por unos binoculares.

12 de diciembre... Juan Diego cantaba: el día en que tú naciste nacieron todas las rosas...

Crucifixión en vivo. Iztapalapa ve morir a Judas Iscariote; colgado y con la lengua de fuera.

Sombras en la azotea. Aparecen las rejas que guardan la ropa que se lava y las antenas de televisión.

Si vuelves a golpear a la televisión así de fuerte te las verás conmigo. Dame el control.

James Bond en *Nunca digas nunca jamás*. Funciones desde las 11 A.M.

Las calaveras de Posadas emergen de la estación Zócalo del Metro. Los chamucos salen del inframundo a merendar atole y pan de muerto.

"Vamos, vamos, ¡vamos! Al Circo Atayde Hermanos" A ver, payasito, ¿qué te causa tanta gracia? "Payaso, soy un triste payaso..."

La palomilla dispone: todos para uno y uno para todos. Y chin chin el que se raje.

Los amigos de cantina siempre te oyen cantar. "Canijo, cantas igual que Pedro Infante". "Rascatripas, quiero la de *Cien años*".

L' arte rétro. Souvenirs y el gusto por el *kitsch*. Coyoacán amanece en sueños porfirianos. La Revolución nos trajo lo que tenemos. Aristocracia pérfida.

Domingo por la mañana. Llevas dinero para el arbitraje, porque luego se hacen pendejos y nadie quiere pagar. Pero eso sí, para las cheves nunca falta el dinero. Tú y todos son unos orejas.

La Alianza de Colonos inicia en el Monumento a la Revolución una marcha silenciosa. El destino es el Zócalo.

Va para largo. Prefiero dormir en el viaje. Aprovecha a hacer tu tarea y deja de estar jodiendo. No te duermas porque aquí te quedas. Yo me voy. ¿No me oyes?

Pues vele tanteando. No sé cuál es. Es un relajo que todos los interruptores están juntos. Ya sé: ve desconectando uno por uno y yo te echo un grito desde la casa .

Zapata vive en las plantas callosas de un campesino acampado con otros más en las afueras del Palacio Nacional. "La tierra es de quien la trabaja". Mientras esperan respuesta satisfactoria, los manifestantes leen La Jornada y el *Chilam Balam de Chumayel*.

Gutierritos, deja ya el teléfono y ponte a trabajar o hoy checarás tarde. Quiero esos papeles en 15 minutos. Chao.

"Canonicemos a las putas... vírgenes perpetuas... manantiales de generosidad". Las sexoservidoras de la Merced lucen frescas. Parecen señoritas de mostrador.

"Todos los caminos llevan a Francia". Los cláxones llevan al Ángel por el Paseo de la Reforma. Habrá festejos hasta el anochecer.

¡Extra! ¡Extra! Hay más noticias para hoy en la tarde y más papel para envolver verduras mañana a cualquier hora. Aunque también sirve de papel higiénico.

16 de septiembre. El águila y la serpiente se distinguen. La patria se centra en su ciudad, y de ahí se dispersa. Estados Unidos Mexicanos: los niños se preparan para la guerra. "No necesitamos pedir permiso para ser LIBRES".

Instrucciones para escribir una carta de suicidio

Muy sencillo. Primero debes comprender la importancia de ser breve, pero a la vez contundente, en la expresión escrita. Dicha carta es una manera de despedirte definitivamente; así que debes hacerla bien. Para tal fin puede que te sirva tener en mente estas cinco preguntas: *quién, qué, dónde, cómo y por qué*.

Cómo ocuparlas:

- **Quién.** Debe referirse a ti o a la persona de quien se escribe. Si buscas ser objetivo pon tu nombre o el de la persona en cuestión. Y si no te da la gana escribir ningún nombre, da lo mismo; nada más ten en cuenta que la policía hará un interrogatorio incómodo a las personas que hayan identificado el cadáver. Tú decides, pero mejor no des molestias.
- **Qué.** Generalmente con esta pregunta defines la acción. Eso es simple: muerte, suicidio u *olvido*, si es que quieres usar términos poéticos.
- **Dónde.** Aquí debes mencionar el lugar en el cual habrá de llevarse a cabo la acción; o sea, la recámara, el baño, las escaleras o el Metro. Eso tú lo sabes mejor que yo.
- **Cómo.** Por favor, sé original. Tienes que describir la manera del suicidio o lo que vayas a hacer, tal como lo tienes planeado; es decir, el **cómo** es la forma de la acción del **qué**. ¿Te das cuenta de su importancia?
- **Por qué.** Bueno, no soy psicoanalista, pero tus razones tendrás. Debes explicarlas con esta pregunta. Valor; no te será fácil, si estás emocionado(a) distráete un poco; siempre cuesta trabajo explicar las decisiones de uno.

Puesto que el suicidio busca un rompimiento rápido con esta vida --que puede ser larga y pesada--, usa frases cortas en tu carta. No sirve de nada --en este caso, y

quizás en ninguno-- escribir literatura complicada, porque te puedes arrepentir y si estás dudando va a ser peor para ti. No hay por qué sufrir, así que no ensayes ningún estilo personal ni estilizado. Por tanto, las oraciones deben básicamente ser así: **sujeto + verbo + complemento.**

Pero ten en cuenta que ésta es sólo una sugerencia, puedes arrepentirte y decidir vivir. Y luego, con más tranquilidad, ponerte a escribir en el tono tan celebrado de Carlos Cuauhtémoc Sánchez o despertar un día y promover la vida con todas tus fuerzas o la ecología o la religión o tu simple arrepentimiento.

Recurre por muy pocas veces a las preposiciones. Entre ellas las más comunes son éstas: a, por, entre, con, desde, etcétera. Y de las conjunciones --y, que, pero, mas, aunque-- mejor ni te acuerdes. Ya que debes proyectar amabilidad en tu carta sólo usa las que te sean muy necesarias; según (he aquí una preposición) tu ánimo en ese momento.

Los adjetivos y los adverbios, evítalos.

Declaración ministerial

Amanecí con un gran quebranto en el cuerpo. Una ansiedad incontrolable me llevó al baño urgentemente. Mamá seguía dormida junto a sus mercancías; ni siquiera dormida se alejaba del comercio. Tan luego entré, empecé a orinar profusamente. Ya había terminado y yo seguía sintiendo ganas de orinar. Me cepillé los dientes sin usar pasta dental.

"Relájate, *maik*", me repetía frente al espejo. Tal vez por estarme hablando de esa manera empecé a temblar y a sentir frío. En situaciones como éstas uno debe mantener la calma. Traté de cantar mientras cerraba los ojos. Pero como no recordé ninguna canción me senté sobre el inodoro y empecé a pegarme en la cabeza por no poder recordar. Recapacité y dejé de golpearme. Antes de salir del baño volví a orinar.

Estaba a punto de meterme a mi cama de nuevo, cuando se produjo una volátil erección en mi pene. Pensé en volver al baño y masturbarme.

Mamá y yo vivíamos solos. No pude entrar al baño sin volver a verla. Seguramente ella me rechazaría una proposición de esta naturaleza. Volví a verme en el espejo. Tardé cinco minutos observándome. Salí del baño y espí a mamá que seguía dormida.

- Pero qué piensas --me dije por decirme algo.

- Debes matarla --me respondió una voz al oído.

No sentí ningún remordimiento. Simplemente me decidí. "Tomé un cuchillo en la cocina, me acerqué a mi madre, Elisa Rodríguez Cuacuas, de 78 años de edad, y cuando aún se encontraba dormida la maté a puñaladas. Luego la violé en

repetidas ocasiones y, finalmente, le destrocé sus genitales con el arma punzocortante".

"... Dejé muerta a mi madre. Y luego de gritarle a mis vecinos: 'ahora sí, ya me chingué a mi jefa', me di a la fuga..."

El espía

Una mañana, muy temprano, consigues verla saliendo de su cuarto. Es una aparición que surge en la casa de enfrente. A ella, al encender su luz, la ves casi desnuda. Tú piensas en su enojo si te descubriera. Ella va saltando unos cuerpos que rehuyen a la luz de un foco y con prisa procura no despertar a nadie de su familia. Tú en un baño también procuras no hacer ruido ni prender la luz de tu casa.

Te despertaste mucho antes para poder observarla más tiempo. Tus ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad. No tenías más sueño y te quitaste las sábanas de encima. Mientras esperabas observabas las sombras fijas del comedor. En la oscuridad percibías cada movimiento de luz. Oíste los crujidos de tu cama y temiste que eso despertara a tu mamá y a tu hermana y te delatara. Venían haciéndose más frecuentes los respiros profundos de tu familia dormida.

La única pieza de tu casa la divide por las noches una cortina. Una mitad de la pieza es tu dormitorio y la otra el dormitorio de tu mamá y tu hermana.

Mueves la cortina sin moverte mucho de tu cama y ves que en el otro dormitorio tu hermana resopla cambiando su cuerpo a posición fetal. Detrás de la cama de ellas, a través de la cortina más lejana que da a la calle, se refleja un arbusto cuando es sacudido por el viento. Un auto veloz atraviesa la calle. Un ruido indiscreto para el silencio te hace quitar la mano de la cortina. De nuevo el comedor tiene sombras quietas, aunque ahora más grises y menos largas. Sientes una fuerte agudeza en tu pene. Imaginas que ya estás viéndola: ella está arreglándose la medias. Tiene la falda recogida. Sus piernas brillan con las medias. Probablemente su aliento es a dentífrico. El olor natural de su cuerpo trasnochado es repelente al desodorante y al perfume que utiliza. "Sería tan bueno olerla".

Una luz repentina agiliza a todas las sombras. Unas se ocultan, otras parpadean. Llegas al baño y finges que sufres dolor de estómago, pero todos duermen en tu casa y nadie nota que te has levantado. Abres la ventana del baño y la poca luz del patio hace más visible la figura de ella en la sala de su casa. Tus ojos atraviesan la oscuridad del patio para llegar a la claridad de su sala. Ahí un foco de 100 wats alumbra perfectamente. Tu vecina no sabe que la observas desde el baño de tu casa y actúa cotidianamente.

Tus ojos se fijan en partes precisas: sus senos, sus piernas y sus brazos. La prisa con que ella se viste acelera tu observación. Tus ojos la persiguen mientras se maquilla y se pone unas zapatillas. No hay detalles fijos; vas descubriendo su intimidad. Ella en lugar de desodorante usa Mexsana. Hay mañanas en que se atomiza el busto con perfume. Hoy no es así y ya está corriendo el seguro de su puerta. Tan luego sale de su casa empieza a correr y cruza el zaguán. Sus tacones golpean el piso de la calle; dos minutos más tarde ya no los oyes.

Para entonces tú estás a tiempo de arreglarte para salir. Es hora de que todos sepan que te has levantado. La luz de tu casa se enciende. Comienza tu rutina poniéndole pasta a tu cepillo de dientes. Al rato saldrás y te irás a la escuela. Y luego tu mamá será quien se levante.

Mis padres ya no quieren verme en casa. Les disgusta que todo el día me entretenga frente a la televisión. Insisten en que yo haga de mi vida algo provechoso. Me repiten sin cansarse que no debo perder mi tiempo en esa ociosidad. No sé qué tanto me importa la escuela y mañana, al igual que hace tres meses, no contaminaré mi inocencia pisando más ese lugar.

- Hoy es tu último día de holgazán en esta casa --instigó muy molesto mi padre.
- Papá, no dejas escuchar la tele --le dije mientras oprímia el botón del volumen al control.

Creo que como nunca mi papá comprendió mis palabras y guardó silencio con decoro. ¡Qué maravilla, este tipo no es un vulgar!, asentí mentalmente.

- Ándale, siéntate con tu hijo preferido a ver la tele --le insinué para quitarlo de enfrente de la pantalla.
- Hijo, ¿por qué no nos haces caso ni a tu madre ni a mí?
- ¡No puede ser! --grité ofendido--, esa mujer y esos latinos se la pasan hablando de sus países y sus costumbres. ¡Qué mediocridad! Yo no lo haría ni aunque estuviera en Indonesia... ¿Dónde queda Indonesia, papá?
- No sé, ¿cómo puedo saber geografía si no veo el canal 11?
- Ah no, eso sí, "... la cultura también se ve".

Por la noche ya no quise estar sentado frente al televisor. Empecé a sudar profusamente mientras una desesperación irracional venía a mortificar mi placentera rutina. Entonces subí a la azotea y comencé a contar las estrellas. Pronto terminé y

no supe qué hacía ahí encaramado en los tinacos contando lucecitas apenas visibles. Decidí que era mejor ver *Telenoticias* en el canal 40; decidí que era mejor volver a la televisión.

No llegué hasta la sala; bajando me tropecé frente al cuarto de mis padres. Ellos estaban hablando sobre el futuro y sobre la vejez. Nunca antes los había escuchado cuando platicaban; por un tiempo llegué a pensar que desde que nació mi hermano menor ni siquiera platicaban juntos. Pero esa noche se dijeron todo acerca de sus incompetencias conyugales. Mi padre protestó porque decía que mi madre no sabía cocinar unos huevos estrellados, que siempre se le reventaban en el sartén, y así francamente le daba asco comérselos. Ella respondió que el sólo pretendía desmoralizarla con sus ataques obscenos de "puta, sólo quieres estar moviéndote en la cama".

Podía jurar que era amor. Después de 15 años continuaban juntos, a pesar de haber engendrado a tres hijos como nosotros. Parecía que en esa noche se reconciliaban. Llegué a enternecerme y prometí que conseguiría que ambos se pasaran más alegres durante las cenas que vinieran a partir de ahora; muy felices, pude imaginármelos remojando unas conchas de chocolate en su café con leche para no ensangrentarse las encías viejas cuando mordieran.

Vino como anuncio divino eso de no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy. Me acerqué al sintonizador de la radio para buscar una estación que pudiera gustarle a mis papás. Una de boleros estaría bien. No, ésta no, ésta es muy ridícula, ésta, muy moderna para ellos, y así hasta que di con una canción de tríos. Le subí todo el volumen a la radio y me puse a mover los labios como si me supiera la letra. Cuando terminó la canción dijeron que se llamaba "Flor de azalea", y que la habían cantado Los Panchos. Al parecer mi detalle les agradó, pues aunque era poco más de

media noche no salió mi padre a regañarme por mi escándalo. Se quedaron dentro de la habitación en silencio.

A la mañana siguiente estaba solo cuando desperté recostado en el suelo de la sala. Mi madre debió de haber ido a visitar a ese pariente nuestro que siempre visita después de las ocho; es muy maternal con él y lo acaricia más que a mi padre. A mis dos hermanos tenía tiempo que no los veía, debían de estar como de costumbre atendiendo al maestro de la escuela.

No era justo que mi padre se empleara manchando su dignidad usando ese traje azul de policía auxiliar del Metro, mientras su familia vivía lejos de considerar esa calamidad. Nosotros podíamos transportar nuestros cuerpos en esos vagones sin necesidad de meterle boletos al torniquete porque una credencial nos abría el paso, aun así yo siempre prefería caminar antes que entrar en ese sitio atestado de malos olores.

No soporté más, fui a rescatar a mi padre de ese inframundo barato. Bajé en la glorieta del Metro Pino Suárez. Mi padre tenía un par de guantes en las manos y con movimientos grotescos hacia que la gente se moviera. Me sentí con mucho orgullo al ver cómo le obedecían, pero no pude olvidar que él estaba sujeto ahí haciendo su mejor esfuerzo y soportando las pestes que le echaban los pasajeros.

"Malditos, todavía que les ordenan la vida, lo malagradecen", murmuré refiriéndome a los usuarios del Metro.

- Ese de azul se llama Cerbero --le dije a un invidente que me extendía la mano en busca de una moneda.
- ¿Es tu padre? --Preguntó aquel hombre.
- Creo que sí --respondí, en tanto que el señor salía apresurado hacia la ciudad.

Intenté seguirlo para preguntarle cómo no tropezarse sin ver. Pero como no tenía derecho a retardar su huida de ese espacio acelerado y sórdido volví a ver a mi padre.

Él estaba repitiendo sin cesar: avance avance avance. Yo me planté a su lado, pero no me reconoció.

- Avance... --cambió el tono de su voz-- ¿Qué haces aquí?

- Cerbero, tu esposa es una adúltera. Te engaña con un sobrino tuyo más joven que tú.

Su reacción inmediata fue golpearme, ante la admiración de toda esa gente ahí reunida. En cambio, yo logré convencerlo de la infidelidad de mi madre por su exagerada disciplina en el trabajo. Salí con él a la claridad del día. Mi padre iba furioso y malhablando que por eso nadie se nos atravesaba en el camino.

Esa vez no llegamos a dormir. Parece ser que se preocuparon porque al otro día todos estaban en casa aguardándonos. Notaron nuestro aliento alcohólico; sin embargo, nosotros no dirigimos palabra a nadie y nos fuimos a sentar a la sala. Prendimos la tele y vimos *Sábado gigante*. Mi padre comenzó a sonreír y comentó: y luego dicen que por qué el diablo es malo.

Independence Day

Escenario de fiesta en el Zócalo. El ruido transformado en estruendo reparte en el ambiente múltiples vestimentas de tomasol patriótico. Una y otra vez la guerra de Independencia se mueve en todas las bocas presentes como un motivo de victoria. Ya se han agitado las banderas y ya han repicado las campanas.

Se agota la noche. La alegría transcurrida desaparece con el cansancio. Los días inmemorables vienen de regreso con cada momento. Quedan atrás los festejos y se acerca la hora de partir. Uno se detiene a escuchar cómo el murmullo de la gente se disgrega. Con ello, cada vez cuesta más trabajo observar la reberverancia humana. Y poco a poco ese espejo amotinado por varias horas en el espacio del Zócalo regresa a su particular soledad.

De regreso a casa la imaginación entregando los recados urgentes de la pasión. Uno no hace más que pensar en ella. En respuesta vienen los pasos largos y rotundos. Pero no se puede evitar que el resentimiento salga a flor de piel. En ese instante, la presencia humana se hace equivalente a un silbido entrecortado y con poca fuerza. No hay nadie en la calle para platicar. A la poca gente que uno se encuentra no se le debe hablar. Nadie desea hablar; sólo se desea seguir en el festejo. Y seguir bromeando. Total.

En una esquina, alguien se tropieza con un teléfono.

- Con la señora Magnolia, por favor.
- Sí, ella habla.
- Ah, eres tú; ¿si sabes que alguien quiere que mueras?
- ¿Josué?
- Te espero en la Le Caroz de Ermita a las siete, ma-ña-na.

- La niña está algo enferma y desde hace tiempo pregunta por ti. ¿Por qué no has venido a verla?

- Sé puntual.

La noche del 15 dejó a la ciudad de México bajo alfombras de confeti. A la madrugada siguiente se percibía un sopor agrídulce; como que la misma ciudad amanecía dando eructos melancólicos. Era un día bastante claro; podía verse lo largo de las calles y la cercanía de los volcanes, la ausencia de la gente y lo remoto del cielo azul. Se sentía con el aire un escalofrío intenso.

Josué llegó cinco minutos tarde a la cita. Encontró a su ex mujer recostada en el suelo, con los puños cerrados y el pecho lleno de puñaladas. Tenía la boca abierta. Josué quiso cerrársela bruscamente para que no se le vieran los dientes, pero notó que los músculos aún estaban blandos y tuvo cuidado para moverlos. Se puso a rezar en voz baja. Dibujó una cruz en su cara y comenzó a balbucear injurias desencarriladas en contra de Magnolia. Al hablar se le enredaba notablemente la lengua. Aturdido se sentó a un lado del cadáver y luego escribió este recado:

"Qué descaro es ese de morir en la calle. De veras, cuánta lastima. Ya ves, eso te pasa por piruja... Ay esposa querida, tú ya no tienes remedio; pero espero que en el infierno te comportes mejor".

Josué iba tranquilizándose. Aunque era un hombre un poco desequilibrado, en ese momento mantuvo suficiente tranquilidad y pudo revisar el cuerpo de su mujer. Lo que buscaba era un lugar seco en dónde colocar su última nota de amor por Magnolia, ese sitio fue su blusa en el lado derecho.

Y Josué se siguió de largo a través de un paraje triste y solitario en Los Reyes-La Paz, a través del Chalco de los llanos, de la autopista escarchada rumbo a

Puebla, del mundo aprisionado en un suspiro descontrolado; se dirigía hacia el sur...
Daba un adiós definitivo a todo lo que quedaba a su espalda. Y nunca más apareció.

Búsqueda dominical en el Zócalo

Se había hecho a la idea de controlar su intranquilidad con risitas amargas de desvelado. Debía lograr sobreponerse a los reflejos de sus pensamientos anormales y fuera de lo común, **pensaba**. Cómo se le ocurría que detrás de una mirada de mujer se transluciera un animal lujurioso, casi con descaro. Él mismo era así, todos eran así.

Caminó no con los pies sino con extremidades falsas, como también falsas fueron sus huellas sobre el pavimento. Aquel hombre en su desesperación por marcharse pudo flotar, mientras el murmullo del Zócalo le taponeaba los oídos y el sudor se le hacía frío.

Abrió los ojos y no vio nada moviéndose; lo que tenía frente a los ojos eran puras imaginaciones suyas, con más apego a una fotografía guardada en la memoria que al verdadero desorden en donde se acciona la vida. Trabajosamente. Se cae, se levanta; no se cae, se tropieza; y así hasta lograr quedarse derecho, y seguir su camino. De pie.

Cruzó la Plaza de la Constitución. Se sintió cansado. El sol de las tres de la tarde se hizo más brillante. De repente, tuvo sed y hambre. Y aquel hombre buscaba una sombra dónde sentarse.

Empezó a hablar consigo o a pensar que platicaba con alguien de adentro: Tengo que voltear a ver el momento de ahora y ya olvidarme de las pendejadas pasadas. Fijate bien en lo que tienes a diez metros a la redonda. Es un decir, claro, no es necesario medir distancias, sólo es para que sepas quién te acompaña en tu soledad cuando estás en la calle.

Bueno... Hay un hombre con uniforme fosforescente que se puso a barrer y a recoger la basura. Ésta es la calle de Pino Suárez, a un costado de la regencia.

Detrás de mí hay unas estatuas de bronce que simulan la fundación de México. Un águila muerde a una serpiente... La gente se sigue de largo fingiendo que ignoran a los que estamos aquí sentados sobre unos arriates, cerca de la entrada del Metro. En su prisa se les nota que buscan algo que tiene que ser material. El excesivo olor a humanidad no les gusta, prefieren la intimidad de un objeto personal. ¿Será por eso que nos evitan en su paso? Sentada frente a mí está una joven que me mira de reojo a cada rato, tiene la sonrisa de puta y los dientes oscuros por las caries. Yo fijo mi mirada en sus caderas y, más hacia abajo, entre sus piernas le noto algo que hace que el grosor del pantalón se vea abultado. ¿Estará menstruando? Yo disimulo mi interés en ella.

Tal vez sea coincidencia que aquí y ahora me ponga a decir estas cosas a alguien que no conozco bien, pero que cohabita conmigo en el mismo cuerpo; que camina como yo, que mastica odio como yo, que se tira de espaldas al suelo a contemplar la oscuridad y se atemoriza también como yo; que se parece a mí y es como parte de mí... pero cuando llega el momento de echar fuera toda pesadumbre se empeña en consentir al miedo. Me traiciona. Me deja solo. Y así, yo debo crear mis propios simulacros de bienestar.

Lo mismo debía ocurrir en un señor sentado a su izquierda. Aquel señor llevaba varios minutos manipulando un radio descompuesto. Le daba talacha, lo desarmaba y le movía los transistores con tal de oír algún ruido, y no conseguía nada. Quizás por eso prefirió rascarle con unas llaves la pintura a un carrito de bomberos. Estaba incauto en su labor pasajera, ocupando las manos en lo que parecía una espera; de repente volteaba a los lados, sin encontrar nada que le retuviera la atención por más de un segundo. Volvía a revisarle las formas al carrito de latón y lo volvía a descarapelar, se soplabla los dedos anchos de la mano izquierda y le volaba la escarcha roja, menos la de las uñas que ya estaba enterrada.

Se le opacaba el brillo al juguete, mientras al señor se le acababa la inercia, con la cabeza agachada. De momento tenía movimientos parsimoniosos, sutiles, casi infantiles; cuando de golpe levantaba la vista, como si hubiera estado perdiéndose de algo importante, se daba cuenta de que no y se serenaba. Intentó de nuevo con el radio, pero tampoco esta vez pudo hacerlo funcionar. Luego sacó de sus ropas otro que sí servía; lo sintonizó muy bajo, muy bajo como el murmullo de se impotencia. Continuó esperando y desmantelando el colorido del carrito. Igual solo, aunque ahora con una canción de Rigo Tovar como compañía.

Desde las orillas de la piel el primer hombre observaba y se platicaba acerca de su entorno. Creía observar sin ser observado. Volteó y vio a una mujer que bajaba las escaleras del Metro. Ella también lo veía con cierto interés. Él sintió escalofrío en su cuerpo. Y luego se propuso seguirla.

Zócalo. Dentro del Metro, esperó cerca de ella en la dirección Tasqueña. Ella iba con su mamá y con un hermano menor, al cual le llamaban Alan. Él, en cambio, iba solo. Entraron al mismo vagón. La madre de ella y su hermano tomaron asiento. Ella buscó dónde pararse. Él y ella seguían viéndose. Él estaba parado a pocos metros de ella.

Pino Suárez. Quiso preguntarle su nombre, pero ella ya empezaba a mostrarse desconfiada. Él puso una cara triste y ella fingía no verlo. Quiso encontrar pretextos para platicar con ella y lo que encontró fueron muchas razones para no atreverse.

San Antonio Abad. La mamá de ella le habló. Y ella fue a sentarse a su lado. En apariencia, ella estaba tranquila. Él estaba desesperado por no poder hablarle. Y pensaba que además de ser tímido era un grosero. Él no era nadie para seguir a una señorita decente. Empezaba a sentir que la amaba.

Chabacano. Inalcanzable hoy. "Otro domingo volveré a encontrarla", se dijo.

Paraíso urbano

- Ya te dije que no tengo brazos, niño. No pienso bailar contigo la Macarena. Dame tus sufrimientos; yo los cargaré por ti. Eso sí lo puedo hacer. Además de mis años tengo mucho corazón para llevar conmigo toda la carga que me des. Tú sólo ten misericordia, que el sacrificio lo hago yo.

Dame tu mano ponla sobre mis heridas. Vamos; no debes sentir asco. Si no cuidas tu alma tendrás cosas peores dentro de ti.

- Mejor le dejo unas monedas y me deja ir. Yo mis oídos los cuido mucho de las palabras de la gente mayor. Lo que ustedes --los mayores-- saben no puede sanar nuestros sufrimientos de jóvenes. Debieron de hacerlo antes, ahora ya no pueden ocupar lo que hemos llenado con otras cosas. Me duele decirle que los mayores ya tienen sustitutos en los corazones de los jóvenes.

- A ver si me entiendes. Ayúdame a levantarme. A la primer persona que veas que viene deteniéndose y en cada reposo se pone a observar las mercancías de los toreros, dile: yo tengo algo de incalculable valor, que es lo que vienes buscando y no encontrarás en esas baratijas.

- Pero viejo, cómo voy a hacer eso. ¿Tú crees que tengo derecho a meterme en la vida de las personas? Si alguien viene comprando baratijas es porque no tiene dinero para comprarse cosas mejores. Que cada quien haga con su dinero lo que su voluntad le indique. Hay que respetar la libertad de nuestro prójimo.

- No te engañes. Lo que buscan las personas se llama consuelo. Los danzantes de la plaza hallan consuelo en sus tradiciones y en sus dioses muertos que se resisten a morir. Con copal e incienso atraen a su espíritus; predilectos o no, todos vienen: los

que son llamados y los que no. Sus atavíos son cómo sus dioses quieren verlos. Son cumplidas sus peticiones. Pluma y cuero y gritos de guerra. Son dioses guerreros. Son espíritus de muerte. La libertad, nadie de este mundo la conoce.

¿Quién puede tener libertad si no obedece a su corazón? En tal caso, uno queda atrapado sin saberlo. Unos son esclavos de la soledad y otros del enojo. Muchos más de la lujuria y otros tanto de los afanes. Y piensan que todo ello es parte de ellos mismos. Y se contentan con aceptar que las cosas son de una manera y desisten de buscar la verdad.

La única verdad del hombre es su condición humana. Y hay que vivir tal condición lo mejor posible: hoy, en este cuerpo y en este lugar.

Escucha esto, niño:

Un hombre no sabía qué hacer con su tiempo. Toda la mañana se la pasaba pensando y por las tardes quería hacer todo lo que no había hecho en la mañana. Cuando llegaba la noche estaba desesperado por no haber podido comenzar nada.

Con los años, su rutina le generó en la cabeza un metálico dolor que lo acompañaba siempre. Cuando comía por las mañanas el dolor no lo dejaba disfrutar y masticaba a prisa. En el trabajo se sentía agobiado, y aun con todo su talento no pudo prosperar. Y antes de dormir hacía una oración, y le rogaba a Dios que sanara su malestar físico.

Una noche le reclamaba airadamente a su Señor. Y éste le respondió diciendo: ¿Acaso no quieres libertad para tu vida? ¿Cómo puede conocer la libertad un hombre impaciente? Sólo quiero que abras los ojos y veas cuántas cosas he hecho en ti; cosas que no me has sabido pedir. Yo he escuchado las cosas que me dice tu corazón. ¡Pero le das tanto valor a tu cabeza!

Aquel hombre siguió padeciendo el dolor de cabeza. Pero ya no se preocupó por eso, sino por rescatar su espíritu. Al principio tuvo muchas confusiones en cómo poder lograrlo. Puso a trabajar toda su voluntad en rescatar su espíritu. Pero un día dejó que su voluntad de hombre se marchara y ya sin voluntad le dijo a su espíritu: puedes salir; por lo que veo tú y mi voluntad no pueden morar en el mismo corazón. Y aquel espíritu que se encontraba muerto revivió.

Poco tiempo después, aquel hombre vio en un repaso de su vida todos sus temores. Y tuvo misericordia de sí mismo. Se vio luchando con su voluntad ante sus problemas, y se dijo: pobre de mí. Se vio escuchando muchas voces que le sugerían: acepta la realidad tal como es: porque eres esto y esto otro; son cosas que salen de ti. Y él respondió entonces: eran los frutos de un corazón atormentado, ¿por qué me engañaron? Se vio rompiendo la imagen que él tenía de sí mismo. Y exclamó: ahora, por fin, soy libre.

De inmediato sintió un fuerte temblor en su cuerpo. Y el fuerte dolor de cabeza cesó.

- Ya basta, señor; tome estas monedas. Las guardo en sus bolsillos por usted. Y gracias... Mueva los nudillos de sus antebrazos: primero hacia adelante, luego hacia adentro, después los sube y, al final, los baja. Repita conmigo: "Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, que tu cuerpo es pa' dar alegría y cosa buena. Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, ¡eeey!, Macarena. ¡Ajá!".

Un regalo excepcional

Ayer por la tarde, al regresar de la secundaria, mi prima *Lupis* me detuvo en la puerta de mi casa. Me llevó a la suya, que es la de enfrente, y adentro me pidió que la ayudara a escribir una carta a Santa. Yo la vi muy ilusionada. Su sonrisa le embellecía su rostro, como a cualquier niña de quinto grado de primaria en los primeros días de diciembre.

Ella es hija única. Se diría que vive sola, debido a que mis tios se van todo el día a trabajar al mercado de Mixcalco. Ahí trabajaban vendiendo playeras estampadas --muy corrientes--, lo cual para ellos significa una muestra de progreso para sus miserables vidas. Según ellos, el reducido local que se han empeñado en pagar con verdaderos sacrificios será un sostén para el bienestar de la *Lupis* en algún futuro próximo. Quieren para su hija una vida mejor que la de ellos; quieren que lo tenga todo sin que ella sufra. El sufrimiento no es bien recibido en la casa de la *Lupis*.

A cambio de mi ayuda, yo le pregunté que qué podía darme. Ella respondió que en ese momento no tenía dinero, que quizás el domingo sí me pagaba. Le insinué que no era con dinero como podía pagarme y que no había precio suficiente para comprar mi ayuda. Entonces cómo, me insistió. Sin titubeos me bajé el cierre del pantalón y le dije: mámamela. La *Lupis* me vio como con coraje. Luego replicó "voy a cerrar la puerta, para que nadie nos vea".

Mi tía quedó estéril cuando nació la *Lupis*. Creo que también quedó triste y desilusionada y con un rencor disimulado contra su hija. La *Lupis* no creció como una niña normal; siguió amamantando hasta los ocho años, hasta que mi tía no soportó más las mordidas que le dejaba en el pecho después de amamantarla. Los pezones de mi tía daban lástima y para suplir su disfuncionalidad, hasta el día de

hoy debía hervir biberones con tal de alimentar a la *Lupis* por las noches. Uno nunca sabe de los esfuerzos de una madre para cumplir con la alimentación de sus hijos. Todos en la familia piensan que mi tía es una santa, pero yo más bien pienso que la prima *Lupis* es una mamona sobreprotegida.

Tan pronto cerró la puerta, la *Lupis* se hincó frente a mí y metió sus manos en mi pantalón... Sorpresivamente empecé a escuchar que le sonaba hueca la boca; parecía desesperada. Pero no le di importancia porque justo en ese instante los vecinos del rincón del vecindario pusieron una canción de moda que decía algo así: "... nooo pares, sigue y sigue; nooo pares, sigue y sigue...". No me di cuenta de cuándo cerré los ojos.

Cuando volví a ver a la *Lupis*, ella estaba con el contorno de la boca lleno de saliva. La *Lupis* seguía con los ojos cerrados y, entonces, yo me animé a meter la mano entre sus calzones.

La *Lupis* tenía el aliento tibio y los labios blandos. Saqué mis dedos lubricados de su tierna vagina y le recomendé que usara la lengua porque me estaba mordiendo.

Toda la tarde nos pasamos escribiendo la carta. Fue tardado porque ella a cada rato cambiaba el nombre de la muñeca que quería que le regalaran y por la que finalmente se decidió fue por la *Barbie* con traje de noche; a última hora se le antojó pedir también un par de patines del número seis, los cuales prometió regalarme si se los traían. Después de esto, a petición de mi prima, vimos telenovelas aburridas.

Iban a dar las siete cuando llegaron mis tíos con una enorme bolsa de pan. Estaban contentos porque se habían vendido bien las playeras. Algo de esa noticia también a mí me puso contento, tanto que acepté quedarme a tomar el café con ellos. Iban a empezar los *Simpsons* cuando me despedí. La *Lupis* con real preocupación se acercó conmigo hasta la puerta.

- ¿Crees que me traigan la *Barbie*?

- Sí... Es más, yo mismo le llevaré tu carta a Santa. ¡Ah!, pero lo que sí no creo que te traigan son los patines. Tú sabes, están caros y al pobre Santa no le alcanza su dinerito para regalarle a tantos niños. ¿Te imaginas cuántos niños quieren que Santa les regale un par de patines? Debes conformarte; ¿sí?

La prima *Lupis* se quedó tranquila. Nunca la había visto tan feliz y yo me sentí como un héroe por haberlo provocado. Guardé la carta en mi mochila y por fin me fui a mi casa.

En el patio volví a escuchar la canción de moda que tanto les gusta a los vecinos del rincón. "...Un poquito más suave, un poquito más suave... Un poquito más duro, un poquito más duro..." me vi animado tarareando la letra.

En la noche dispuse algo que me haría sentir todavía más orgulloso. Mi corazón se ennoblecía por sentir que amaba a mi prima más que a ninguna otra cosa... Dispuse que gastaría mis ahorros de todo un año en una *Barbie*, en una original que valiera la pena. No sería cualquier muñeca: sería la muñeca de mi prima; un regalo de Navidad capaz de inundarla por algún tiempo de felicidad.

Mañana le preguntaré a mis tios si ellos quieren poner una muñeca en los brazos dormidos de la *Lupis*, tal como lo haría Santa en una madrugada de Navidad.

P' acabar pronto: a manera de conclusión

Pensemos en el *otro* como en un hombre lejano físicamente, pero virtualmente aproximado a nosotros por los **medios**; en aquel *otro* circunvecino alejado de nosotros por un mutuo sentimiento irreconciliable. Queden expresados de estas dos formas todos los posibles *otros* restantes; teóricamente por lo menos. Lo que hace falta ahora es un proceso de conversión, en el cual todos los *otros* sean convertidos más que en un ente extraño y diferente a nosotros en una parte inseparable de nosotros mismos.

Primera pregunta: ¿cuántos botones se necesitan oprimir para hacer estallar una ciudad, un continente o al planeta entero? Antes de responder... Segunda pregunta: ¿podrá el hombre algún día conocer, descubrir o concebir al mundo en una visión unificada massmediática o espiritual? Y he aquí llega una tercera pregunta: ¿qué señales presenta nuestra civilización para refrenar el poder bélico?

Primera respuesta: ¿acaso un botón tuvo antes tanta capacidad de destrucción? La segunda respuesta viene encadenada con la primera: la intolerancia serpentea en nuestros tobillos y vela nuestros ojos; la falsa espiritualidad levanta fortalezas cada vez más altas. Y definitivamente la mejor respuesta es esta última: una catástrofe nuclear sería drásticamente injusta con la especie humana. Si ocurriera tal cosa, las cucarachas serían las futuras dueñas del mundo, aunque también las ratas, conociendo su extraordinaria capacidad de adaptación, tendrían suficientes posibilidades de sobrevivir y compartir con las cucarachas el planeta.

Sófocles anticipó en *Edipo Rey* mucha de la desventura humana: a los hombres les gusta alimentarse del conocimiento; Edipo antes de ser rey de Tebas usó de su inteligencia para resolver los enigmas de una esfinge que asolaba la

ciudad. Y con su inteligencia los libró de este azote. Con el conocimiento vino el poder, y la justicia hizo terreno en los pareceres. Y todo marchaba bien.

A los padres de Edipo les fue dicho por medio de un oráculo que éste causaría la muerte de su padre y que se casaría con su madre. Su padre entonces decidió matarlo, pero su madre prefirió dejarlo vivir y esconderlo lejos de ellos. Así el destino había permanecido oculto.

Años después, una peste atormentaba al reinado de Edipo y el pueblo acudió a él para poner remedio a tales males y averiguar la causa... Él era la causa de tales males. Supo la *verdad*: efectivamente, él era el asesino de su padre, el esposo de su madre y el padre de sus hermanos. La afrenta del destino los había envuelto y los había mantenido tranquilos hasta que quisieron saber. Duro fue para el rey digerir el pan de la verdad. A causa de uno sufrían todos y el rey en su desdicha se sacó los ojos. La verdad corta como una espada de dos filos que a unos hace libres y a otros deja ciegos.

La ignorancia tiene perdón, mas la necesidad hace que la verdad nos condene.

En estos momentos no hablemos de la ciudad, pues de ella se ha hablado demasiado en la naturaleza muerta de las palabras, mejor hablemos de nuestra tragedia, que compartida o no todos hemos presenciado.

Por haber desobedecido, Dios condenó a Adán y a Eva: por haberme contrariado y haber comido del fruto que yo os mandé no comer, y por haber puesto en tu corazón soberbia y desobediencia, yo os castigo y anuncio que con el sudor de tu rostro comerás el pan diario hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado, habrá dolor en el parto de tu descendencia e irremediamente **perecerás**.

En realidad este fue el origen de la primera familia "Pérez".

Todo razonamiento sea dicho en palabras. Toda verdad se aleje de las palabras, a menos que la verdad autorice ser expresada por ellas. Sin embargo, aquí no ocurre así. El siguiente texto es el punto final de este trabajo.

Érase una vez un príncipe

Después de muchos años de venir huyendo sigo tropezándome con el inicio. Creo recordar. Hace algún tiempo debí de haber estado en este lugar haciendo lo mismo. Y vuelvo a recordar lo que ahora vivo. Y simultáneamente existo. Hoy pasé a quinto grado y estaba convertido en todo un hombre. Pasado y futuro me persiguen. El presente se prolonga como el calvario de mis días.

Puede ser que el tiempo haga, de vez en cuando, un instante libre para la recurrencia.

Por mucho tiempo me fue fácil tener la razón. Aseguraba y explicaba con un poder ilimitado. Le ponía cierto orden a las cosas y éstas funcionaban como el mecanismo de un reloj. Recuerdo --frecuento acciones mejores que ésta-- ... pero por el momento sólo recuerdo que por un reloj automático descuidé la atención a mis ritmos vitales. Y el tiempo perdía su acompasamiento, mientras yo contemplaba un par de manecillas luminosas. Aquella intuición que me hacía suponer el tiempo se traspoló por una conjetura ruin: solamente se tiene la certeza de que el tiempo ha estado transcurriendo frente a nuestros pálidos rostros cuando vemos que algo se mueve; antes no.

Inicialmente yo era inocente y sentía que en verdad veía las cosas. No tenía yo necesidad de completar --complementar-- la realidad. Hoy supongo que veo *algo* de algo y relleno lo que hace falta para sentirlo cierto. Era un principiante. Conmigo

había otros que se divertían libres pensando, pero luego fueron desapareciendo hasta que me quedé solo; sin embargo, creo que los borré yo, porque me eran inútiles como el resto de la humanidad: como tú, como ellos y también como yo. Nosotros somos potencialmente sospechosos para la tranquilidad de nosotros mismos.

Caos divino. El mundo fue hecho por Dios en siete días. Aquel fue el número perfecto para la creación perfecta. A la luz de la conciencia, el hombre evolucionaba, pero ni sus manos ni su mente participaron en el fundamento de este prodigioso lugar; transformado y acaloradamente devastado por él.

Entre más cerca de terminar tu camino estés más pronto estarás de vuelta justo en el sitio de donde saliste. Una sonrisa... se aparece un círculo... me apresuro a anotar... me desmiento; mis palabras no tienen un sabor perdurable, en tanto dura su sabor me masturbo sin entusiasmo. Más adelante vuelvo a tropezar y de vuelta estoy sobre el camino.

Había una fuente, había un chorrillo, había una hormiga y había la luz. Estaba un espejo... reflejándote tú. Parpadeabas: clock clock. Mahoma en la cima de su montaña contemplaba a las serpientes que se mordían la cola; pero probablemente era su imaginación la loca de la casa... Y la loca imaginación le decía: en la vida no es lo más importante creer estar vivo, limitándonos a la vida misma, sino agradecer al Dios vivo la oportunidad de ir encontrando la vida que creíamos muerta. No es el querer elegir nuestra libertad sino el poder sentir un poder inquebrantable en **nosotros**.

Hay en ti otro igual a ti, opuesto a ti. Él y tú están al margen del mismo cuerpo, dentro de una libertad condicionada. Meditación trascendental: eras Tú eras Yo ¿eras, no? asno as no. ¿Las culebras? Fulgor y tinieblas. Temor y arrojito.

- ¿Temor?
- Sí, el inconmensurable temor.
- ¿Le temes a Dios?
- Yo no quiero morir.
- ¿Le temes a Dios?
- ...
- Yo no.

Eras como un dios dándole la mano al enemigo y aceptando el entendimiento. Tenía razón la razón misma. La incredulidad besaba a la astucia en su sonrojada mejilla; siempre ha ocurrido así. Yo enorme, Tú *graaandee*; nuestras marcadas diferencias: yo existo y tú vives, yo muevo piedras y tú las levantas, yo escribo y tú memorizas, yo a veces hablo y tú siempre escuchas. En fin, tú y yo somos más que dos polos opuestos... Somos el comienzo y el final del *otro*. Somos nosotros. Uno mismo, como el sol y su luz.

Pues bien, di vuelta en "u" y resulta que tú *eras* yo: el bastardo lejano había estado en mí ganándome la guerra y finalmente, sin más remedio, yo iba a ceder. Mas intercedió el lenguaje, como un milagro o una inspiración. Una desesperada rendición en la puerta de mi corazón. Inevitablemente tuve que escuchar el nombre de Dios.

- Si has de encontrar tus huellas, aléjate un poco.
- Pero sí sí las veo.
- ¿Ves la forma o ves el fondo?
- Soy un occidental y plasmo mi destino en el horizonte.
- "Éste es el punto del espacio donde convergen todos los puntos sin confundirse".

- ¿Allí se ve todo?
- Allí estás tú en todos tus tiempos.
- ¿Y allí los prejuicios se borran?
- Sí, pero el olvido es un estado emocional no del todo exteriorizable. Tú tienes ideas de ayer con posibilidades de hoy. Pero todo ello lo encontrarás mañana.
- Aun así, el acontecimiento me parece el mismo, en el mismo ambiente.
- No, ahora es instantáneo. Con el ambiente se refleja nuestra edad. "Cielo y tierra pasarán..."
- Trato de imaginar las cosas antes de construirlas. Las construcciones sublimes son el sueño de los hombres.
- Ya no tienes tiempo. Aun en el sustento de las formas, el vacío te impregna de su dolor.
- ¡Quién te ha dicho que sufro! Yo sé distinguir las partes claras de las oscuras. El bien y el mal no pueden confundirse.
- Son la misma cosa en ti. Si no fueras tú, quizás podrías distinguir.
- ¿Crees que vivo sumergido en un ambiente oculto? ¿Atrapado en sus redes?
- Lo has dicho tú. No me escuches a mí. Yo sólo presiento que estás confundido. ¿Entiendes lo que te digo?, ¿no lo crees así?
- No lo sé. Si pudiera dejar de escuchar. ¡Una voz necia vive dentro de mí!
- Celebremos, pues, tu resistencia al engaño. Hoy ha nacido la verdadera fuente de tu corazón. Sin saber te fuiste a uno de los extremos y cuando te sentiste engañado regresaste corriendo al otro. Tienes la libertad de ir y venir. Y hoy estás aquí libre.
- ¿La libertad? ¿En dónde he oído hablar de ella?
- Sí, quizás haya sido un clamor de tu corazón. Volvamos al inicio. Y esta vez aprende a desaprender, porque la muerte no es para un príncipe verdadero.

Bibliografía

Barros Horcasitas, José Luis (comp.)
Encuentros con la ciudad de México
México, Miguel Ángel Porrúa, 1986
289 pp.

Baudrillard, Jean
El sistema de los objetos
Traducción de Francisco González Aramburu
México, Siglo XXI Editores, 1979
230 pp.

Blanco, José Joaquín
Crónica literaria (Un siglo de escritores mexicanos)
México, Cal y Arena, 1996
660 pp.

Blanco, José Joaquín
Los mexicanos se pintan solos: crónicas, paisajes, personajes de la ciudad de México
México, Pórtico de la ciudad de México, 1990
169 pp.

Campbell, Federico
Periodismo escrito
México, Editorial Ariel, 1994
192 pp.

Cortés, Hernán
Cartas de Relación
Prólogo de Manuel Alcalá
México, Editorial Porrúa, 1963
(Colección "Sepan Cuántos..." número 7)
270 pp.

Díaz del Castillo, Bernal
Historia verdadera de la conquista de la Nueva España
Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas
México, Editorial Porrúa, 1994
(Colección "Sepan Cuántos..." número 5)
702 pp.

Glucksmann, André
La estupidez: ideologías del postmodernismo
Traducción de Roser Berdagué
Barcelona, Ediciones Península, 1988
260 pp.

González Obregón, Luis
Las calles de México
Prólogos de Carlos G. Peña y Luis G. Urbina
México, Editorial Porrúa, 1996
(Colección "Sepan Cuántos..." número 568)
248 pp.

Gortari Rabiela, Hira de; Hernández Franyuti, Regina
Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)
México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988
184 pp.

Jameson, Frederic
El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado
Traducción de José Luis Pardo Torio
Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1991
122 pp.

Lafragua, José María; Orozco y Berra, Manuel
La ciudad de México
Prólogo de Ernesto de la Torre Villar
México, Editorial Porrúa, 1987
(Colección "Sepan Cuántos..." número 520)
382 pp.

León Portilla, Miguel
Microhistoria de la ciudad de México
México, Departamento del Distrito Federal, 1974
156 pp.

Leñero, Vicente; Marin, Carlos
Manual de periodismo
México, Editorial Grijalbo, 1986
316 pp.

Lytard, Jean-François
La posmodernidad (explicada a los niños)
Traducción de Enrique Lynch
Barcelona, Editorial Gedisa, 1995
124 pp.

McLuhan, Marshall
La comprensión de los medios como las extensiones del hombre
Traducción de Ramón Palazón
México, Editorial Diana, 1987
444 pp.

Monsiváis, Carlos
A ustedes les consta (Antología de la crónica en México)
México, Editorial Era, 1980
366 pp.

Novo, Salvador
Nueva grandeza mexicana
México, Editorial Hermes, 1946
188 pp.

Novo, Salvador (comp.)
Seis siglos de la ciudad de México
México, Fondo de Cultura Económica, 1974
96 pp.

Paul, Alan
El sitio de Macondo y el eje Toronto-Buenos Aires
México, FCE, 1982
174 pp.

Paz, Octavio
Tiempo nublado
México, Editorial Artemisa, 1985
208 pp.

Picó, Josep (comp.)
Modernidad y postmodernidad
Versión española por Francisca Pérez Carreño et al.
Madrid, Alianza Editorial, 1988
386 pp.

Suárez, Luis
México (Imagen de la ciudad)
México, FCE, 1974
112 pp.

Valle Arizpe, Artemio de
Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas
México, Colección Distrito Federal, 1988
259 pp.